TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

SARDOU

LA TOSCA

DRAMA

LA TOSCA

Imprenta de Francisco Altés, Angeles, 22 y 24.—Barcelona.

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO.— VOL. 44

V. SARDOU

LA TOSCA

DRAMA TRÁGICO EN CUATRO ACTOS

VERSIÓN CASTELLANA

POR

ANTONIO DE VILASALBA



Librería de Antonio López, editor, Rambla del Centro, 20.
Barcelona : : : 1909.

PERSONAJES

Floria, llamada *La Tosca.*

Luciana.

Barón de Scarpia.

Mario Cavaradossi.

Angelotti.

El Padre Eusebio, sacristán.

Schiarrone.

Colometti.

Genarino.

Cecco.

Un sargento.

Criados, Policías, Soldados y Pueblo.

La escena en Roma, en el año 1800



ACTO PRIMERO

Roma. Nave derecha de la iglesia de S. Andrés en el Quirínal. Arcos simétricos sobre pilastras de mármol blanco, con incrustaciones jaspeadas y polícromas, obra de Bernini. Al fondo el coro y detrás el ábside, confundiéndose en las tinieblas. En primer término derecha, una puerta practicable con ventanillo y llamador y cerca de ella una pila de agua bendita. En segundo término la Capilla de la familia Angelotti. La parte de la izquierda está ocupada por un andamio colocado cerca de un altar. Sobre el andamio un gran lienzo para pintar, en el cual hay algunas figuras abocetadas, y útiles de pintor; frascos, pinceles, paleta, paños, etc... Se sube al andamio por una escalera de mano, junto á la cual, hay una cesta con el almuerzo de Cavaradossi. En medio de la escena y en un pedestal dorado la imagen de la Virgen, y al pie de la imagen flores y un candelabro con velas.

ESCENA PRIMERA

GENARINO, dormido sobre el andamio. El PADRE EUSEBIO se le acerca y le despierta haciendo ruido con un manojo de llaves que trae en la mano.

P. Eusebio.—¡Eh! Genarino! ¡Genarino!

Genarino.--(*Despertándose sobresaltado*). ¿Qué?... ¿Qué ocurre?

P. Eusebio.—¡Conque durmiendo!

Genarino.—(*Frotándose los ojos*). Sí, un rato.

P. Eusebio.—¡Holgazán!... Por de contado, yo haré lo mismo enseguida. Han dado las doce y es hora de cerrar las puertas. ¿Dónde está el maestro?

Genarino.—Ha ido á buscar una tela que le hace falta para el cuadro.

P. Eusebio.—¡Ya! ¡Holgar por las calles de Roma, á las doce de la mañana y bajo los ardientes rayos del sol de Junio! ¡Extravagancias propias de un francés como él!

Genarino.—(*Levantándose*). El señor Mario Cavaradossi no es francés, padre Eusebio, sino romano como nosotros y de antigua familia patricia.

P. Eusebio.—Su padre era romano, verdad, pero la madre nació en Francia y al cabo y al fin el carácter de la madre se adquiere. Si fuera romano de pura sangre no trabajaría á la hora de la siesta, que es hora de descanso.

Genarino.—(*Preparando la mesa.*) El maestro asegura que las horas más propicias para pintar son las de la tarde. Cerrada la iglesia no pueden distraerle los cantos y los rezos, ni feligreses ni visitantes: el templo solitario excita su inspiración y acrecienta su fantasía.

P. Eusebio.—(*Con malicia*). Y además á solas puede recibir la visita de alguna señora.

Genarino.—(*Irguiéndose*). ¿Qué decís?

P. Eusebio.—Nada: cosas mías. Al fin y al cabo es generoso. Todos los días cuando se despide no deja de obsequiarme con alguna limosnilla. Pero lo que yo siento es que tu maestro sea poco religioso.

Genarino.—¿Poco? Nada.

P. Eusebio.—No se le ha visto asistir á las ceremonias del culto y desde que trabaja en esta iglesia no se ha confesado una sola vez.

Genarino.—Ciertamente.

P. Eusebio.—Es jacobino, y hereje como su padre, quien frecuentaba el trato de Voltaire y y de los impíos revolucionarios. Cuida, hijo mío, de que la compañía de tu maestro no te lleve derechamente al infierno.

Genarino.—(*Bostezando.*) ¿Se duerme en el infierno?

P. Eusebio.—No lo sé á punto fijo. Consultaré el caso al Padre Carafa, lumbrera de la Iglesia; pero me imagino que uno de las mayores tormentos de los condenados ha de ser el insomnio.

Genarino.—(*Dormitando.*) Tal creo.

P. Eusebio.—Por tu penitencia tendrías que conducir á tu maestro por el buen camino: sugerirle ideas santas, y hasta si es posible inclinarle á que nos ofrezca para el culto de la misa una de esas botellas de Marsala que veo en la cesta.

Genarino.—No es Marsala, es Gargnano.

P. Eusebio.—(*Cogiendo la botella y examinándola*). Veamos. Por el color apostaría que es Marsala. (*Destapa y huele*).

Genarino.—Pues perderíais si apostaseis.

P. Eusebio.—(*Escanciando un vaso y bebiéndoselo*). Por mi salud que he de convencerme.

Genarino.—(*Quitándole la botella*). ¡Padre Eusebio!

P. Eusebio.—(*Paladeando el vino*). Es Gargnano y del más exquisito. (*Devuelve el vaso á Genarino y éste lo mete en la cesta*).

Genarino.—No veis que el maestro creerá...

P. Eusebio.—Quita, tonto. El maestro está enamorado y no se entera de nada. Además, de algún modo he de cobrarme su tardanza.

Genarino.—Le retendrán los preparativos de la fiesta que ha de celebrarse en el palacio Farnesio esta misma noche.

P. Eusebio.—Pues poco ha de agradarle, porque se celebra en honor del nuevo triunfo que han

conseguido las armas austríacas sobre las francesas.

GENARINO.—¡Un triunfo!

P. EUSEBIO.—¡Cómo! ¿no tienes noticias de la rendición de Génova?

GENARINO.—Ah, sí, algo.

P. EUSEBIO.—Los franceses han sido darrotados en todas partes. El general Massena sitiado en Génova, ha capitulado entregando la ciudad á las tropas del emperador. Oye lo que dice la *Gaceta*: (*Saca un impreso y lee*), «Recibimos nuevas noticias acerca de la lucha sostenida en Génova. El general Massena ha abandonado la ciudad con ocho mil hombres descalabrados. Soult está prisionero y gravemente herido. La mayoría de generales y oficiales, ó están heridos ó yacen para siempre en el campo de batalla. El desastre es tremendo para las indisciplinadas fuerzas que pomposamente se llaman el ejército francés». Y más adelante añade: «S. M. María Carolina, la augusta hija de María Teresa, hermana de la infeliz María Antonieta, digna consorte de S. M. el Rey de las dos Sicilias Fernando IV, ha venido expresamente de Liorna para celebrar esta misma noche una gran fiesta en el palacio Farnesio en honor á la victoria de las tropas austríacas. Habrá concierto, baile, luminarias, etcétera, máxime sabiendo que el general Melas ha concentrado todas sus fuerzas en Alejandría, lo cual hace esperar que pronto festejaremos la última y decisiva victoria». Ya lo ves, Genarino, la cosa marcha. Y cuenta que mezclan en ello la figura del general Bonaparte, y pretenden que ya se halla en Milán... ¿Qué dices tú á esto?

GENARINO.—Yo nada. El maestro os enterará.

P. EUSEBIO.—Menos mal si se tratase del verdadero Bonaparte. pero del falso...

GENARINO.—¿El falso?

P. Eusebio.—¡El falso, sí! (*Con misterio*). Sé, de muy buena tinta que el auténtico general Bonaparte murió en Egipto, ahogado en el mar Rojo como Faraón. Ahora lo suplanta su hermano José.

Genarino.—Conque...

P. Eusebio.—¿Y sabes qué dice ese charlatán?

Genarino.—¿José?

P. Eusebio.—Pues ahora nos viene con el cuento de que ha traspuesto los Alpes. ¿Verdad que da risa?

Genarino.—¡El maestro!

ESCENA II

Dichos, MARIO CAVARADOSSI por la puerta de la derecha trayendo un rollo de tela en la mano.

Mario.—Perdonad, Padre Eusebio; me he retrasado un poco. *(Sube al andamio y se dispone á trabajar)*.

P. Eusebio.—Le estaba contando á Genarino las últimas noticias de la guerra.

Mario.—Entonces...

P. Eusebio.—Todo está ya cerrado. ¿Puedo marcharme?

Mario.—Sí; y tú también, Genarino, puedes irte. Hasta que se abran las puertas de la Iglesia no me haces falta.

Genarino.—Hasta luego, maestro.

P. Eusebio.—Cuidad de la cerradura. (*Empujando á Genarino*). Anda, holgazán. (*Vánse los dos*).

ESCENA III

MARIO. Luego ANGELOTTI. Mario coloca la tela. Después baja del andamio para apreciar de lejos su efecto. Vuelve á subir, silbando una canción, pónese una blusa larga, coge la paleta y empieza á pintar. En este momento aparece Angelotti por la izquierda, mira á todas partes con desconfianza y se encamina hacia la puerta de la derecha para escuchar. Mario se vuelve y lo ve.

MARIO.—¿Un hombre?

ANGELOTTI.—Os suplico que no alcéis la voz. ¿Estamos solos?

MARIO.—Solos estamos.

ANGELOTTI.—(*Señalando el abside*). ¿No vendrá nadie por allí?

MARIO.—(*Dejando de trabajar*). ¡Cuantas precauciones! ¿Sois algún malhechor?

ANGELOTTI.—¡Para algunos, sí! Para vos, espero que no.

MARIO.—(*Bajando del andamio*). Ahorremos palabras inútiles. ¿Quién sois?

ANGELOTTI.—A vos me confío. Soy un prisionero fugado del Castillo de Santángelo.

MARIO.—¿Un fugitivo?

ANGELOTTI.—(*Vivamente*). Fuí en Nápoles uno de los más ardientes defensores de la vencida República Partenopea. Luego en Roma me eligieron consul de la República que, como sabéis, duró muy poco. Mi nombre está en las listas de los proscriptos. Me llamo César...

MARIO.—(*Interrumpiéndole*). ¿Angelotti?

ANGELOTTI.—El mismo.

MARIO.—*(Corriendo hacia la puerta y echando el candado)*. ¡Qué imprudencia! ¿Por qué no os habéis apresurado á declarar vuestro nombre? ¿Cómo os habéis refugiado en esta iglesia?

Angelotti.—Os lo explicaré todo. Pero antes, caballero, dadme algo con que reponga mis abatidas fuerzas. La sed y el hambre me agobian. *(Se deja caer en un banquillo).*

Mario.—*(Escanciándole un vaso de vino).* Tomad; este licor os confortará.

Angelotti.—¡Gracias á Dios que hallo una mano generosa que me socorra! ¡He pasado tantos días luchando con esbirros y carceleros!

Mario.—Comed. *(Le acerca las viandas).* ¿Cómo lograsteis evadiros?

Angelotti.—*(Comiendo con ansiedad).* Nada hice para conseguirlo. *(Rumores fuera).* Pero, ¿estais seguro de vuestra soledad?

Mario. — Segurísimo. Todas las puertas están cerradas. *(Toma asiento en un banquillo).* Podemos disponer de dos horas para que repongais vuestras fuerzas. ¿Y decís que en la evasión nada habéis puesto de vuestra parte?

Angelotti.—Absolutamente nada. Mi fuga la preparó mi hermana la marquesa de Attavanti. ¿La conocéis?

Mario.—De vista.

Angelotti.—Ayer tarde, un confidente me trajo de parte de ella este vestido, y luego me franqueó la salida de mi prisión. Conseguido esto, advertí con espanto que las puertas de la ciudad ya estaban cerradas y siguiendo la costumbre, no se abrirían hasta la madrugada. ¿Dónde refugiarme, entretanto? En casa de mi hermana era imposible, porque su marido es un defensor fanático del altar y el trono. Entonces pensamos en esta capilla que es propiedad de nuestros antepasados y cuya llave solo posee mi hermana. Disfrazado de mujer y ayudado de Travelli logré esconderme y allí he pasado la noche. Hasta mañana, á la hora de la visita ordinaria, no se descubrirá mi fuga. Con Travelli habíamos convenido que vendría á buscarme en carruaje mientras se

celebre misa y que me auxiliaría en combinación con mi hermana hasta salir fuera de los Estados romanos. Pero Travelli no llega; y ya angustiado me decido á salir de mi escondite. ¿Se habrá descubierto mi fuga? ¿Estará preso Travelli?

MARIO.—Si hubiesen descubierto la fuga, se habría anunciado en la ciudad con un cañonazo.

ANGELOTTI.— Cierto.

MARIO.— La tardanza de vuestro amigo estará motivada por un accidente cualquiera. Tranquilizáos, ningún asilo hay tan seguro como éste para vos. Si antes de la noche no viene Travelli yo me encargo de poneros en salvo.

ANGELOTTI.—¡Gracias con toda mi alma, caballero! Pero mi hermana estará impaciente.

MARIO. — Desgraciadamente, no hay medio de avisarla. Y por cierto que ahora me explico la visita que hizo ayer á esta Capilla la Marquesa.

ANGELOTTI.—¿La visteis?

MARIO.—La vi y la contemplé el tiempo suficiente para dejar sobre la tela recuerdos de su peregrina belleza. (*Señalando el cuadro*). ¡Mirad!

ANGELOTTI.—(*Acercándose*). Admirable parecido.

MARIO.—No es más que un boceto.

ANGELOTTI.—¡Que bien han copiado vuestros pinceles la dulce expresión de los ojos azules de mi hermana! ¡Pobre Julia! ¡Cuanto se esfuerza por salvarme! Pero ¡ay de mí! Tiemblo al pensar que el cariño de una mujer es menos poderoso que el odio de otra.

MARIO.—¿Y esto os abruma?

ANGELOTTI.—Sí, por culpa mía. Hace veinte años conocí en Londres á una de esas desdichadas que venden sus encantos al mejor postor. Me cautivó su belleza y seguí la aventura unos ocho días, los precisos para que se extinguiera el capricho. Pasaron años. La muerte de mi padre me llamó á Nápoles. Un día fuí invita-

do á comer en casa del marqués Pepolí, quien se empeñó en presentarme á sir Hamilton, embajador de Inglaterra y á su seductora esposa. ¡Figuraos mi sorpresa! ¡Lady Hamilton era la misma mujer con quien había trabado amores pasajeros en Londres!

MARIO.—Conozco la historia de Emma Liona, chicuela abandonada, criada de una fonda, que pasó por todos los lugares de la degradación, para concluir en embajadora del Reino Unido de Inglaterra.

ANGELOTTI.—No supe disimular mi estupor. Lady Hamilton comprendió que la había reconocido. En la mesa, sentéme á su lado; pero entre ambos hubo un invitado más, el odio. Ya sabéis que la Hamilton manda en Nápoles, que ejerce un verdadero imperio sobre la reina y sobre el almirante Nelson, y que todos juntos persiguen á los partidarios de la revolución. Molestado por la hostilidad de la embajadora, cometí la imprudencia de revelar el secreto de nuestros amores, y dos días después los esbirros asaltaron mi casa, registrando hasta el último rincón. Una mano malvada, á insinuaciones de quien supondréis, introdujo en mi Biblioteca dos obras de Voltaire. ¡Oh, la ley era inexorable; quienquiera se le ocupe una obra de Voltaire, tres años de prisión!

MARIO.—Y vos ¿qué hicisteis?

ANGELOTTI.—Cumplir mi condena.

MARIO.—¡Infeliz!

ANGELOTTI.—Después confiscaron mis bienes, y una vez arruinado del todo, abandoné Nápoles á mis fieles amigos, quienes sufrieron los mismos descalabros. Al fin pude refugiarme en Roma, pero á pesar de la capitulación de las armas francesas á favor de las napolitanas, me encerraron en un calabozo del Castillo de Santángelo. Allí he pasado un año de angustias dulcificados de vez en cuando por los con-

suelos de mi hermana y por la esperanza de que el Papa promulgase una amnistía que alcanzase á mis tormentos. Pero por colmo de males, la Corte envía aquí como Regente de Policía á un siciliano, á un miserable de feroces instintos.

Mario.—El barón Scarpia.

Angelotti.—Si, un hombre implacable que de seguro no me olvida.

Mario.—¡Infame! ¡Cubre con apariencias de cortesía y de ferviente devoción instintos perversos! ¡Hipócrita, voluptuoso, libertino, sanguinario hasta en sus orgías! ¡Cuántas esposas, hijas ó hermanas de infelices acusadas, pueden ser testigos de la crueldad lasciva de aquel sátiro!

Angelotti.—¿Quién mejor que yo puede corroborar lo que decís? Mi hermana tuvo que huir horrorizada de tal mónstruo de corrupción. De no haberme fugado, Scarpia me habría enviado á Nápoles para entregarme á Lady Hamilton, mi antigua amante. Pero ni ella ni él gozarán con el espectáculo de mi suplicio. En este anillo puedo encontrar el remedio para eludir los tormentos.

Mario.—(*Escuchando*). ¡Silencio!

Angelotti.—¿Llaman?

Mario.—No. Estarán jugando á pelota en la plaza. No hay peligro.

Angelotti.—¡Cuánto me apena mezclaros en mis inquietudes! Nunca os pagaré el favor que recibo de vos, cuyo nombre aún no conozco.

Mario.—Mario Cavaradossi, romano como vos.

Angelotti.— Creí que vuestra familia se había extinguido.

Mario.—Estuvo alejada de Roma. Mi padre se casó con una francesa y yo estudié en Paris con el famoso pintor David, durante el período de la revolución y hasta mucho después de la muerte de mis padres.

ANGELOTTI.—¿Y luego? ¿Volvisteis á Roma?
MARIO.—Sí, por azar. Tengo que resolver algunos asuntos, y además encuentro en ella un ambiente muy á propósito para mi profesión de artista.
ANGELOTTI.—¡Con que...!
MARIO.—No quiero engañaros. Lo que principalmente me retiene en Roma es el cariño de una mujer.
ANGELOTTI.—Comprendo.
MARIO.—¿Conoceis á Floria, la *Tosca?*
ANGELOTTI.—*¿La Tosca?* ¿La célebre cantante?
MARIO.—Sí. ¿La conocéis?
ANGELOTTI.—Por su fama, solamente.
MARIO.—¡Su fama de cantante! Es grande, incomparable. Pero la mujer vale más, mucho más que la artista! ¡Quién creería que la que hoy escucha aclamaciones y recibe tributos del más ardiente entusiasmo, fuese hace pocos años una pobre muchacha sin educación, recogida por las monjas de un convento! Su primer maestro de música fué el organista del convento. Progresó tanto en sus lecciones que á los diez y seis años iba la gente al templo para extasiarse oyéndola cantar. Cimarrosa atraido por la celebridad de su nombre, quiso oirla. Luego se empeñó en llevarla al teatro, para lo cual tuvo que luchar enérgicamente contra las religiosas y hasta contra el mismo Papa. A los cuatro años los triunfos de la Tosca ensordecían á Roma, y desde aquel instante fué la artista más celebrada del mundo. Se la aclamaba en Milán, en Venecia, en Nápoles y en donde quiera. En uno de esos triunfos conocí á la Tosca, y desde que se cruzaron nuestras miradas por primera vez ya esclavizó mi voluntad.
ANGELOTTI.—¿Y ella os ama?
MARIO.—Sí, me ama. Llena mi nombre su corazón y sólo me disputan su albedrío dos cosas:

los celos y el fervor religioso. Yo correspondo á su amor permaneciendo en Roma expuesto á grandes peligros. ¡Figuraos! Aunque libre de haber tomado parte en nuestras revueltas, el nombre y la conducta de mi padre, el haber sido discípulo de David, mi modo de vivir, mi traje y mi barba revolucionaria, bastan para despertar sospechas á la policía. Ya sabéis el estigma que cae sobre el que se emancipa de la indumentaria tradicional romana y se viste ó se peina á la francesa. De fijo que Scarpia habría dado buena cuenta de mi persona si yo no me hubiese valido de una estratagema.

Angelotti.—¿Cuál?

Mario.—La de brindarme al Capítulo de esta iglesia para restaurar varios cuadros sin pedir retribución alguna por mi trabajo. Mis pinceles conjuran el peligro que me amenazaba y estaré en Roma hasta la próxima estación en que partiré con Floria para Venecia, donde podremos amarnos sin sobresalto.

Angelotti.—Y con entera libertad.

Mario.—No ocultamos nuestro amor. Cuando ella no viene al palacio Cavaradossi voy yo á su casa. De no retenerla el ensayo para la fiesta de esta noche, la habriais encontrado aquí y por cierto que lo hubiera sentido.

Angelotti.—¿Por qué? A ella como á vos le hubiese contado mi secreto.

Mario.—Por lo mismo. No quiero mezclar en estas aventuras á ninguna mujer.

Angelotti.—¿Ni siquiera á la que os ama?

Mario.—A esa menos que á las demás. El concurso de Floria no nos es necesario. Así le evitaremos inquietudes y sobretodo el disgusto, dadas sus ideas políticas, de verme protector de un facineroso como vos, pues por tal os tiene. Además, pensad en los secretos del confesionario: una palabra, una indiscreción puede perderos...

FLORÍA.—(*Desde fuera.*) ¡Mario!

MARIO.—¡Ella! (*Alto y dirigiéndose á la puerta.*) ¿Eres tú? (*A Angelotti.*) Pronto, escondeos. Procuraré que la visita sea breve.

FLORIA.—(*Llamando más fuerte.*) ¿Pero no abres? (*Angelotti se oculta en la Capilla.*)

MARIO.—(*Coge los pinceles y la paleta y descorre el candado.*) Aguarda. Ya voy... Pasa.

ESCENA IV

MARIO y FLORIA con un ramo de flores en la mano.

FLORIA.—¡Cuánto has tardado en abrirme!

MARIO.—El tiempo indispensable para bajar del andamio.

FLORIA.—(*Mirando al rededor con desconfianza.*) ¿Por qué corres el candado de la puerta?

MARIO.—Porque así lo quiere el Padre Eusebio.

FLORIA.—¿No está Genarino?

MARIO.—Le dí permiso para que se fuera. Pero ¿qué miras? Parece que estás inquieta?

FLORIA.—¿Con quién hablabas?

MARIO.—No hablaba: cantaba.

FLORIA.—¡No es cierto! Yo te oí hablar en voz baja.

MARIO.—¡Qué disparate! ¿Quién podía estar aquí?

FLORIA.—¡Qué sé yo! Acaso alguna devota.

MARIO.—¿Celos? ¿Una escena de celos en este sitio? ¡Bah, no seas tonta! (*Cogiéndole las manos.*) ¿Un ramo de flores?

FLORIA.—Para la Virgen. Tengo que implorar su perdón.

MARIO.—¿Por qué?

FLORIA.—Por lo que tú haces.

MARIO.—Nada de malo hago.

FLORIA.—¿Qué no? ¿Y tus ideas? (*Mario pretende besarle las manos y ella las retira.*) ¿Aquí,

junto á la Virgen? No; permíteme que antes la salude.

Mario.—¡Como gustes!

Floria.—(*Se dirige á la imagen que está en la columna central y pone las flores en un búcaro. Se arrodilla y reza. Entretanto Mario hace señas á Angelotti, que asoma la cabeza, para que se retire. Floria se levanta y dice:*) Cumplí mi deber.

Mario.—(*Besándole las manos apasionadamente.*) ¡Y ahora yo!

Floria.—¡Si supieras el disgusto que tengo!

Mario.—¿Qué ocurre?

Floria.—Que hasta mañana no podremos vernos.

Mario.—¿El motivo?

Floria.—La fiesta.

Mario.—¿Del palacio Farnesio?

Floria.—Sí, hay concierto y tomo en él mucha parte.

Mario.—Bueno, pero después...

Floria.—Después se celebra un baile.

Mario.—¿Y asistirás á él?

Floria.—La reina me ha invitado á cenar con ella.

Mario.—¡Gran honor!

Floria.—Su Majestad es muy buena para mí. Me colma de atenciones, pero las de esta noche me entristecen, porque hasta mañana no volveré á verte.

Mario.—(*Indiferente*). Cierto. ¡Hay que resignarse!

Floria.—¡Con que calma lo dices! ¿No te contraría?

Mario.—(*Protestando*). No es eso.

Floria.—Pronto te has conformado.

Mario.—Di resignado.

Floria.—Los hombres amais con demasiada filosofía. La mujer se entrega á la pasión con el alma entera, con sinceridad, y vosotros abusais de ello. (*Mirando el cuadro*). ¿Quien es aquella mujer?

MARIO.—(*Mirando á su alrededor*). ¿Cual mujer?
FLORIA.—La del cuadro.
MARIO.—¡Ah! ¿Esa rubia? Pues es una María Magdalena. ¿Qué te parece?
FLORIA.—Demasiado hermosa.
MARIO.—¿Demasiado?
FLORIA.—No me gusta que pintes mujeres tan bellas.
MARIO.—¿Vas á tener celos de las mujeres que dibujo en los cuadros como si fueran de carne y hueso?
FLORIA.—¿Y por qué no? ¿Crees que no sé lo que ocurre entre el artista y las figuras que traza con sus pinceles?
MARIO.—(*Riéndose*). A ver, cuenta...
FLORIA.—Cuando pintas unos ojos hermosos, te extasías contemplándolos; cuando pintas unos labios que incitan al beso, gozas admirándolos, y te recreas en la hermosura del rostro trazado por tu misma mano hasta absorverte y olvidarte de mí.
MARIO.—(*Riendo y trabajando*). Es gracioso. Graciosísimo.
FLORIA.—Luego ¿con qué trazáis esas figuras? Con vuestros recuerdos lujuriosos. Ojos que habéis admirado, labios que habéis besado... (*Se sube al andamio y contempla el cuadro*). Veamos tu Magdalena. (*Pausa*). Si, no hay duda: esos cabellos rubios y esos ojos grises azulados, me recuerdan los de alguna mujer á quien conozco. Juraría haberlos visto muchas veces.
MARIO.—(*Sonriendo*). Es posible.
FLORIA.—(*Vivamente*). ¿Con que es un retrato? ¿Existe el original?
MARIO.—Existe. Ea, esfuerza tu memoria, adivina quien es.
FLORIA.—Es... ¡Ya caigo! La de Attavanti. No hay otra romana con cabellera igual á la de tu Magdalena.

Mario.—Justo. Acertaste.

Floria.—¿Luego conoces á la Marquesa? ¿Y la ves? ¿Dónde? ¿En su casa? ¿Aquí? ¿En tu estudio? Pronto; responde sin mentir.

Mario.—¡Pero mujer!

Floria.—Responde de una vez.

Mario.—Si no me dejas hablar... Pues bien, declaro que la he visto una sola vez, y fué aquí por casualidad.

Floria.—¡Por casualidad! ¿eh?

Mario.—Te repito que por casualidad. Vino ayer, mientras yo pintaba, llegó hasta esa imagen y se puso á rezar, levantando sus ojos azules al cielo, con los cabellos rubios que caían en bucles sobre su frente.

Floria.—Rubios, no; rojos.

Mario.—Que un rayo de sol convertía en hebras doradas; en fin, era la Magdalena que yo imaginaba, y copié el modelo en unas cuantas pinceladas, sin que nadie lo advirtiera.

Floria.—¿Y por qué no me tomabas á mi por modelo?

Mario.—Tu no tienes el aspecto de santa... y sobre todo ahora, en que el enojo descompone tu semblante.

Floria.—¿Y ella? ¿Puede servir de modelo para la Magdalena? Será antes del arrepentimiento, porque la tal señora engaña á su marido y tiene la desfachatez de presentarse en público con su amante.

Mario.—Perdona; no es un amante, es un importuno.

Floria.—Pues yo no tengo marido á quien engañar ni importunos que me sigan á todas partes. Yo amo á un hombre y si este me es fiel no me cambio con la Marquesa.

Mario.—(*Con ternura*). ¡Yo te adoro, bien lo sabes!

Floria.—¡Desvergonzada! ¡Farsante!

Mario.—¡Vamos, loquilla, dejemos en paz á la marquesa!

FLORIA.—Mejor hiciera en convertir á su hermano.

MARIO.—¡Su hermano!

FLORIA.—Si, un perverso, un demagogo, un ateo como tú.

MARIO.—(*Mirando hacia la capilla*). ¡Ea, acaba!

FLORIA.—No eches á broma mis palabras. Tú no sabes el pesar que me produce esto. ¡Un hombre que lee á Voltaire! ¿Sabes lo que me ha dicho de tí el padre Carafa?

MARIO.—¿Tu confesor? ¿Acaso le confiesas mis pecados?

FLORIA.—Le confieso los mios... ¡Son los mismos!

MARIO.—Pues de seguro habrá dicho que soy un desalmado.

FLORIA.—Dice algo peor, y es cosa que me entristece. Dice que eres un impío y que te condenarás.

MARIO.—¿Contigo? (*Abrazándola con efusión*). Entonces no me importa.

FLORIA.—El padre Carafa me ha repetido muchas veces: «Hija mia, si quereis que Dios os perdone vuestros pecados, procurad por la salvación del hombre á quien amais. El amor sagrado purificará el amor profano. Y por primera prueba, obtened de él el sacrificio de quitarse aquel emblema revolucionario que ostenta con desfachatez».

MARIO.—¿Qué emblema?

FLORIA.—La barba. Le prometí conseguirlo.

MARIO.—¡Vaya un capricho!

FLORIA.—Por eso, porque es un capricho mio habrás de complacerme. Verdad es que así te conocí y así te concibo, pero tus ideas me amargan el amor que te tengo. Mira, algunas veces no me atrevo á ponerme á los pies del confesor, por si me exije que te abandone, y otras veces me espanta el pensar en lo que sucedería, si encontrándome en pecado mortal, muriese de repente.

MARIO.—Pues ya se sabe; al infierno los dos.
FLORIA.—¿Morirías tu también?
MARIO.—Está claro... ¿Como iba yo á vivir sin tí, sin mi Tosca? (*Llaman á la puerta*).
FLORIA.—¡Silencio!
MARIO.—¿Qué?
FLORIA.—Han llamado.
LUCIANA.—(*Desde fuera*). ¡Señora!... ¡Señora!
FLORIA.—(*Bajando del andamio*). Es mi camarera. (*A Mario*). Abre la puerta.

ESCENA V

Dichos, LUCIANA.

FLORIA.—¿Qué ocurre?
LUCIANA.—Traigo una carta del maestro.
FLORIA.—De Paisello. ¿Qué me querrá? No me dejan sosegar un momento! (*Mientras Luciana busca la carta, Mario hace señas á Angelotti, que se asoma impaciente*). Pronto, dame la carta.
LUCIANA.—Aquí está.
FLORIA. (*Leyendo*). «Divina Tosca: Su Excelencia el Duque de Ascoli me comunica que S. M. la Reina ha recibido un mensaje del general Melas, participándole que el 14 del corriente libró una decisiva batalla contra Bonaparte en la llanura de Marengo, cerca de Alejandría»...
MARIO.—(*Interrumpiéndola y arrebatándole el papel*).—Perdona, me interesan estas noticias. (*Lee alto*). «El combate duró desde el alba al anochecer, terminado con la más completa derrota del ejército francés.» Toma (*Con pesadumbre*) Continua.
FLORIA.—(*Leyendo*). «En virtud de tan fausta nueva, S. M. ha ordenado que se celebren grandes funciones en todas las iglesias. Por mi parte, y considerándolo un deber de buen

patriota, acabo de improvisar una canción dedicada á la victoria. Mi pobre trabajo no podrá brillar esta noche en la fiesta del palacio Farnesio, sin el concurso de vuestro talento. Bastará un solo ensayo. Los coros y la orquesta están ya reunidos y os ruega vengáis enseguida, su ferviente adorador, su...» ¡Vete al diablo, viejo farsante, con tu canción!

MARIO.—(*Vivamente*). No, tú no puedes negar tu concurso á la fiesta.

FLORIA.—Cierto; por respeto á la Reina. Pero, ¡cuánto me disgusta tenerte que dejar! ¿Y tú qué harás entretanto?

MARIO.—Trabajaré hasta la noche.

FLORIA.—¿A qué hora nos veremos mañana?

MARIO.—A las doce.

FLORIA.—¿Tan tarde?

MARIO.—Quiero que tengas tiempo de descansar.

FLORIA.—No necesito dormir tanto. Quiero que vayas á despertarme.

MARIO.—Bueno, iré. Adiós.

FLORIA.—(*Sujetándole*). Un momento.

MARIO.—¿Qué quieres?

FLORIA.—(*Señalándole el cuadro*). Que conviertes en negros los ojos de tu Magdalena... Es un deseo mío.

MARIO.—Los pintaré negros como los tuyos.

FLORIA.—Corriente. Así no pensarás en la Attavanti.

MARIO.—Todo para complacerte.

FLORIA.—(*Abrazándole y besándolo*). ¡Te adoro!

MARIO.—Mira que la Virgen está delante.

FLORIA.—Es tan buena que me perdonará. Adios, bien mío.

MARIO.— Hasta mañana. (*Vanse Floria y Luciana*).

ESCENA VI

MARIO y ANGELOTTI. Este último sale de la capilla apenas se cierra la puerta.

Mario.—Ya lo oisteis: los franceses han sido derrotados.

Angelotti.—¡Oh, si, estamos perdidos!

Mario.—Nada de desalientos. Con motivo de las fiestas, hoy abrirán la iglesia antes de la hora acostumbrada. Démonos prisa y pensemos en la manera de que salgáis de la ciudad antes que cierren las puertas.

Angelotti.—¿Sin esperar á Travelli?

Mario.—Sin dilación de ningún género. (*Un cañonazo lejano*).

Angelotti.—(*Temblando*). ¡Ah!...

Mario.—¡La señal! Vuestra fuga se ha descubierto!

Angelotti.—Aguardad... Acaso sean salvas festejando la victoria. (*Escucha. Pausa*).

Mario.—Nada... un solo cañonazo. Es el anuncio de vuestra evasión.

Angelotti.—¡Habrán detenido á Travelli!

Mario.—(*Vivamente*). Hay necesidad de salir de aquí á toda costa. Presto, disfrazaos. Luego os dirigiréis por la salida más oscura á la puerta principal: allí os aguardaré yo. Pronto, andad. El sacristan llega.... (*Angelotti entra en la capilla y Mario se sube al andamio*).

ESCENA VII

MARIO y EL PADRE EUSEBIO. Luego GENARINO.

P. Eusebio.—(*Por la derecha con un manojo de llaves*). ¿Habéis oído?

Mario.—¿Qué?

P. Eusebio.—El cañonazo.

Mario.—(*Con frialdad*). Si; será para festejar la victoria.

P. Eusebio.—No; es que se habrá escapado del castillo algún jacobino.

Mario.—¿Es posible?

Genarino.—(*Entrando precipitadamente*). ¿Sabéis lo que ocurre? Angelotti se ha fugado.

P. Eusebio.—¡Infame!

Genarino.—Por las calles pregonan la fuga, ofreciendo mil piastras al que entregue el preso, y la horca á quien le oculte.

P. Eusebio.—Es poco.

Genarino.—Un cómplice de Angelotti ha sido denunciado.

Mario.—¿Y está preso?

Genarino.—¡Claro!

Mario.—(*Vivamente*). ¿Ha declarado?

Genarino. — Naturalmente. Como que le han puesto en el tormento.

P. Eusebio.—¡Aún es poco!

Mario.—¿Está fuera mi coche?

Genarino.—Si, señor, con Fabio.

Mario.—Pues dí al cochero que vaya á esperarme cerca de la puerta principal. Después vienes á arreglar todo esto. Ea, despacha.

Genarino.—Voy enseguida. (*Vase por la derecha. En el fondo encienden velas. Entran algunos devotos*).

P. Eusebio.—(*Encendiendo las velas de la Virgen*). ¿De modo que habéis oído hablar de la victoria de Marengo?

Mario. — (*Quitándose la blusa y mirando con inquietud hacia la capilla*). Sí.

P. Eusebio.—(*Riendo*). José ha llevado su merecido.

Mario.—(*Cogiendo el sombrero*). ¿José?

P. Eusebio.—Si... el Bonaparte apócrifo... el Bonaparte que pasa los Alpes con la artillería. Tiene gracia ¿verdad? (*En este momento, An-*

gelotti disfrazado de mujer, desaparece por el fondo).

Mario.—(*Sonriendo*). ¡Por fin!

P. Eusebio.—¿Qué decís?

Mario.—Nada. (*Procurando distraerle*). Tomad, Padre Eusebio. (*Le da unas monedas*). Buenas tardes. (*Desaparece por la izquierda*).

P. Eusebio.— Buenas tardes. ¡Qué prisa tiene el jacobino! Veamos. Tres piastras. (*Haciendo una mueca*). ¡Hoy si que es poco! Pero, en fin... (*Sus palabras se ahogan entre el sonido del órgano. Empiezan los cantos y salmodias*).

ESCENA VIII

PADRE EUSEBIO, SCARPIA, SCHIARRONE, COLOMETTI, GENARINO y dos policías. Todos entran por la derecha. Los dos policías se colocan en el fondo. Schiarrone toma agua bendita de la pila, la ofrece á Scarpia y Colometti, y los tres se persignan.

Scarpia.—(*Bajo á Colometti*). Ya que están bien guardadas todas las puertas, registrad con disimulo hasta los últimos rincones de la iglesia. (*Colometti y uno de los agentes desaparecen lentamente por el fondo. El otro policía y Schiarrone quedan en la escena. El P. Eusebio al ver á Scarpia hace una profunda reverencia*). Acercaos. ¿Sois vos el sacristan?

P. Eusebio.—Y servidor vuestro, excelencia.

Scarpia.—Un reo fugado del castillo de Santángelo pasó la noche última en esta iglesia y aún debe de encontrarse en ella.

P. Eusebio.—¡Jesús! ¿Aquí?

Scarpia.—Es indudable. ¿Cuál es la capilla de la familia Angelotti?

P. Eusebio. — (*Señalando*). Aquella es, señor Barón.

SCARPIA.—(*A Schiarrone y al polizonte*). Registradla. (*Pausa. Los cantos religiosos y plegarias continuan. Después aparecen de nuevo Schiarrone y el policía*). ¿Está ahí?

SCHIARRONE.—No hay nadie.

SCARPIA.—Por lo visto llegamos tarde. ¿Y no ha dejado rastro?

SCHIARRONE.—(*Presentando objetos*). Ved, excelencia. Un espejo, horquillas, dos navajas de afeitar y un abanico.

SCARPIA.—¡Un abanico! ¡A ver! (*Examinándole*). Una corona de Marquesa... Es la de Attavanti. ¿Y no encontrastéis otras galas femeniles?

SCHIARRONE.—Ninguna.

SCARPIA.—La delación era exacta. El fugitivo se ha disfrazado de mujer. Pero ¿dónde se habrá refugiado? ¿Quién le encubrirá? (*Al P. Eusebio*). ¿No habéis notado nada de particular en los alrededores de la capilla durante el día?

P. EUSEBIO.—Nada, excelencia, ni antes ni después de haber cerrado las puertas.

SCARPIA.—¿Habéis cerrado vos las puertas de la iglesia?

P. EUSEBIO.—Si, excelencia: esa es mi obligación.

SCARPIA.—¿Con llave?

P. EUSEBIO.—Todas menos ésta, porque aquí se queda siempre una persona.

SCARPIA.—¿Quién es?

P. EUSEBIO.—El pintor que trabaja allí.

SCARPIA.—¡Ah! ¡El señor Cavaradossi! ¡Un demagogo como su padre! (*Genarino, que entretanto arregló todos los objetos del andamio, baja de éste y se dispone á salir con el cesto de la comida*). Y aquel muchacho ¿qué lleva en la mano?

GENARINO.—Es la cesta donde traigo la comida para el maestro.

SCARPIA.—¿Qué hay dentro?

GENARINO.—Nada.

SCARPIA.—(*Mirando al cesto*). ¡Vacía! Por lo visto tu amo tiene buen apetito, ¿verdad?

GENARINO.—No siempre... Que lo diga el Padre Eusebio, que es quien acostumbra á escurrir la botella la mayor parte de los días.

P. EUSEBIO.—(*Protestando*). ¡Calumnia, señor Barón!

SCARPIA.—Silencio. (*Despide á Genarino, que se marcha*). No cabe duda: aquí estaba. (*Al Padre Eusebio*). ¿Cuando volvisteis aún se hallaba Cavaradossi en la capilla?

P. EUSEBIO.—Sí, excelencia. Ahora mismo acaba de salir.

SCARPIA.—¿Estaba solo?

P. EUSEBIO.—Como siempre. Cuando trabaja no quiere ver á nadie, excepto cierta señora...

SCARPIA.—¿La Tosca?

P. EUSEBIO.—La misma. Y sin duda le ha visitado hoy, porque veo un ramo de flores junto á la Virgen.

SCARPIA.—La Tosca es leal á la Iglesia y al Trono. No se puede sospechar una traición de su parte, pero con todo, la vigilaremos. (*A Colometti y al polizonte que vuelven*). ¿Habéis encontrado algo?

COLOMETTI.—Nada, excelencia. (*El órgano deja oír sus sonidos hasta el final del acto*).

SCARPIA.—¿No has visto á ningún sospechoso?

COLOMETTI.—A ninguno.

SCARPIA.—Vamos. (*Se dirigen hacia el fondo á tiempo de entrar la Tosca. Al oír el ruido de la puerta se vuelve Scarpia*). ¡Ella! (*A los polizontes*). Podéis retiraros.

ESCENA IX

FLORIA y SCARPIA. Después SCHIARRONE, COLOMETTI y los polizontes, quienes permanecen ocultos.

FLORIA.—(*Regocijada*). ¡Concluyó el ensayo! ¡Mario! ¡Mario! ¿Dónde estás?

SCARPIA —(*Aparte*). ¡Ah! ¡Los celos! (*Adelantándose*). Buenas tardes, ilustre artista.
FLORIA.—(*Contrariada*). ¿Vos aquí?
SCARPIA.—¿Buscáis á Cavaradossi?
FLORIA.—¿Sabeis...?
SCARPIA.—Yo lo sé todo. Es mi oficio.
FLORIA.—(*Sonriendo*). Pero en esta ocasión no hay mérito alguno. Yo no disimulo mi visita.
SCARPIA.—¡Tanto se merece el pintor! ¿Cómo una mujer tan buena y tan religiosa puede querer á un hombre tan pervertido, á un ateo? ¿Cómo se atreve á cambiar con él dos palabras siquiera?
FLORIA.—Es que estas dos palabras «¡Te quiero!» son tan dulces...
SCARPIA.—(*Intencionadamente*). ¿Y no compartirá estas mismas palabras con ninguna otra mujer?
FLORIA.—¡Con ninguna! Creo en su amor como en el Evangelio.
SCARPIA.—¡Impía y aventurada comparación!
FLORIA.—Bueno, ¿pero sabéis dónde ha ido, señor Barón?
SCARPIA.—No sé. (*Con moderación, entregándole un abanico)*. Tomad. Contemplando el cuadro que pinta vuestro amante, vi sobre la banqueta ese abanico; lo recogí para que nadie se lo llevara, y como supongo que es vuestro, os lo devuelvo.
FLORIA.—¡Cómo! ¡Este abanico no es mío!
SCARPIA.—(*Con admiración afectada*). ¡Nó!
FLORIA.—Pero, ¿de quién puede ser? (*Examinándole*). ¡Ostenta una corona de marquesa!
SCARPIA.—¡A ver! ¡Cierto!... No había reparado.
FLORIA.—(*Celosa*). ¡Es de la de Attavanti! ¡Oh!
SCARPIA.—¿Y por qué de ella?
FLORIA.—(*Estallando*). Porque estoy segura. Llegaría después que yo me marché. Pero, no; de fijo estaba aquí escondida. (*Lloriqueando*). Ahora me explico aquel cuchicheo... Por eso tardó en abrirme la puerta... Por eso tenía

ansia de que me marchara... Sí; estuvo oculta viéndome, oyéndome, y luego al dejarle solo volvería á sus brazos. ¡Ah, infames, infames! Pero yo me vengaré, ¡y de un modo terrible!

SCARPIA.—¿Y si os equivocais?

FLORIA.—(*Fuera de sí*). ¿Equivocarme? Pronto lo sabremos. Los sorprenderé esta misma noche después del concierto. Ya sé donde están.

SCARPIA.—(*Interesado*). ¿Vos?

FLORIA.—Sí.

SCARPIA.—(*Con ansiedad*). ¿Dónde?

FLORIA.—No os lo diré: queréis saberlo para avisarlos, para que huyan de mí.

SCARPIA.—No es para eso: os lo juro.

FLORIA.—No, no entraréis allí... Yo me basto. (*Empieza el canto del* TE DEUM *con acompañamiento del órgano*).

SCARPIA.—(*Imponiendo silencio*). ¡El *Te Deum*, callad!

FLORIA.—(*Corriendo y desapareciendo por la izquierda*). Ahora á buscarlos, á confundirlos, á vengarme.

SCARPIA.—(*Sonriendo ferozmente*). ¡Ya son míos! (*Llamando*). ¡Colometti! (*Entran los polizontes*).

COLOMETTI.—¿Qué mandais?

SCARPIA.—Sigue á esa mujer de lejos y procura que no te vea. (*Colometti y dos policías desaparecen por la izquierda*). Y nosotros á dar gracias á Dios por la victoria de nuestras armas. Luego rezaremos á la Virgen y le pediremos que proteja nuestros esfuerzos en pro de esta guerra que sostenemos contra los ateos. (*Se arrodillan todos, mientras continuan los cantos del* TE DEUM *y los sonidos del órgano*).

TELÓN.



ACTO SEGUNDO

Casa de campo en las inmediaciones de Roma. Interior del piso bajo. A la izquierda, cercana y bien visible, una puerta de dos hojas. Allí cerca, un caballete, maniquí, y pinceles, y demás objetos propios de un pintor. En el fondo galería con arcos, al través de los cuales se columbra un jardín iluminado por la luna. A la derecha una mesa y puerta de entrada. Sillas, sillones, etc., etc. Al levantarse el telón la escena está sola. Corta pausa.

ESCENA PRIMERA

CECCO, con una lámpara encendida que deja sobre la mesa, seguido de MARIO y ANGELOTTI: éste llevando al brazo un vestido de mujer.

MARIO.—Por fin podremos respirar con entera libertad. Estamos en sitio seguro.

ANGELOTTI.—(*Arrojando el vestido en una silla del fondo.*) Gracias á vos.

MARIO.—¡De buena nos hemos salvado! ¡Atravesar la ciudad disfrazado de este modo sin despertar sospechas! Ahora mi fiel Cecco, digno guardián de la casa y que además de leal es excelente cocinero, nos improvisionará la cena en un santiamen. Una vez repuestos, examina-

remos con entera tranquilidad lo que haya de hacerse. (*A Cecco*). ¿Está en casa tu hijo?

CECCO.—Sí, señor.

MARIO.—Pues díle que cierre bien todas las puertas y que esté alerta. (*Váse Cecco*).

ESCENA II

MARIO y ANGELOTTI.

MARIO.—Según habéis podido vislumbrar al resplandor de la luna, nos encontramos entre los termas de Caracalla y la tumba de Escipion, rodeados de ruinas y en la soledad más absoluta.

ANGELOTTI.—¿Vivís aquí?

MARIO.—Ordinariamente no. Mi habitación está situada en la plaza de España, en el centro de Roma, y es conocida todavía por Palacio Cavaradossi. Esta es mi casa de campo, mi villa, como decimos los romanos. La alquilé por azar, y por cierto que fué edificada por uno de mis antepasados, Luís Cavaradossi. Mi familia la vendió á un inglés, quien tuvo que abandonarla por cuestiones políticas. Un día, vagando yo por estos parajes, me sorprendió una tempestad. Obligado á buscar refugio llamé á esta casa: Cecco me abre y enseguida reconozco en él el servidor de mi padre. Por él supe que la casa se vendía ó alquilaba. Mi primera idea fué comprarla, pero atendiendo á mi situación política y á los peligros que de ella se seguían, resolví alquilarla, pero con la condición de que nadie lo supiese excepto Cecco y su hijo. Aquí vengo de vez en cuando pero siempre con cautela y por caminos diversos. Solo Floria me acompaña algunas veces; de manera que á ninguno puede ocurrirle la idea de venir á buscarme aquí, y mucho menos

á vos. ¿Quién habrá de sospechar siquiera que yo os conozco? En la iglesia nadie nos ha podido ver, en la calle nadie nos ha reconocido, de modo que podemos estar tranquilos, absolutamente tranquilos. Y en último término, aunque vinieran, aunque rodearan la casa los más finos sabuesos de Scarpia, yo tengo medio de salvaros.

Angelotti.—¿Cómo?

Mario.—En esta casa, fabricada sobre las ruínas de un antiguo edificio romano, hay un refugio secreto del cual sólo mis antepasados y el honrado Cecco tienen noticia. (*Se encamina hacia el arco del fondo.*) ¿Véis allí, iluminadas por el resplandor de la luna aquellas dos columnas de mármol blanco?

Angelotti.—¿Enlazadas por un arquitrabe del cual pende una polea? ¿Es un pozo?

Mario.—Sí, un pozo del antiguo edificio. Mi antepasado, tratando de limpiarlo, encontró á veinte pies del suelo, una especie de covacha en la cual no se podía entrar sino arrastrándose, pero que una vez dentro se ensanchaba hasta el punto de cobijar perfectamente á un hombre. Cavaradossi se guardó bien de destruir este escondrijo; al contrario, dejó crecer á su alrededor cipreses y maleza para disimular su entrada. Yo lo he visitado muchas veces y dispuse que Cecco lo arreglase para tener donde guarecerse en caso necesario.

Angelotti.—No sé cómo expresaros mi gratitud. Hace pocas horas no me conociais siquiera y ahora encuentro en vos la ayuda y la protección que pudiera esperar de un hermano.

Mario.—¿Qué os diré?... Soy por naturaleza arriesgado y las aventuras peligrosas me divierten.

Angelotti.—¡Corazón generoso! (*Dándole la mano.*) Demasiado sabéis que lo que estais haciendo por mí os puede costar la vida.

Mario.—¡Bah! ¡Bah! ¿Quién se acuerda de eso? La partida está empeñada y hay que jugarla hasta el fin. Pensemos, pues, en los recursos que hay que poner en práctica para libraros de las garras de vuestros perseguidores. Scarpia habrá mandado á estas horas todos sus sabuesos en persecución vuestra, las puertas de la ciudad estarán también muy vigiladas, de manera que sólo se me ocurre un medio de salvación. ¿Sois buen nadador?

Angelotti.—Excelente.

Mario.—Entonces podéis atravesar el Tiber.

Angelotti.—Sin duda.

Mario.—Bien. Hablaremos de eso cenando. Entretanto venid conmigo á ver el pozo. (*Se encaminan hacia el fondo. De pronto se paran sobresaltados. Mario atraviesa la escena y escucha por la ventanilla de la derecha*). ¡Silencio! He oído abrir una puerta de la cual sólo Floria tiene la llave!

Angelotti.—¿Luego es ella?

Mario.—Indudablemente.

Angelotti.—¿Qué hacemos?

Mario.—Tened la bondad de ir solo. Veré qué es lo que la trae. Si ocurre algo imprevisto ya os llamaré. (*Angelotti desaparece por el jardín. Mario vuelve á escuchar*).

ESCENA III

MARIO y FLORIA: ésta penetra impetuosamente en la escena, observándolo todo con ojos recelosos.

Mario.—(*Cogiéndole la mano con ternura*). ¿Eres tú?

Floria.—(*Mirándolo fijamente*). Sí, yo... ¿Te estorbo?

Mario.—Me das inquietud... ¿Por qué has venido?

Floria.—Por curiosidad... Quiero verla.

MARIO.—¿A quién?

FLORIA.—A ella... á tu querida....

MARIO.—(*Riendo*). ¡Ah! ¿Con que era eso? ¿Un arrebato de celos? ¡Me has dado un susto!

FLORIA.—Ea, dí, ¿dónde está? Porque ella está aquí, no lo niegues.

MARIO.—¿Pero quién es ella?

FLORIA.—Ya te lo he dicho... Tu Marquesa.

MARIO.—(*Sonriendo*). Y vuelta con la Marquesa.

FLORIA.—Es que ella está aquí escondida: bien me lo sé. (*Viendo el vestido que arrojó Angelotti*). ¡Ah!... ¡Mira!

MARIO.—¿Qué? ¿La encontraste al fin?

FLORIA.—(*Mostrando el vestido*). ¿Y esto? ¿De quien es? ¿Es un traje tuyo por ventura?

MARIO.—(*Mimoso*). Vamos, ven acá... Yo te explicaré.

FLORIA.—No me engañarás. Ella estaba aquí contigo, sirviéndote de modelo y seguramente vestida de Eva, ¡Miren la inocente!

MARIO.—(*Cogiéndole las manos*). Déjame hablar.

FLORIA.—(*Separándose y corriendo hacia la puerta de la izquierda*). Aparta... ¿Estáis aquí señora Marquesa? Vamos, salid. No os dé rubor de presentaros en ese traje.

MARIO.—Escucha, Floria.

FLORIA.—(*Arrojando el abanico sobre la mesa*). ¡Toma! Devuelve su abanico á ese portento de virtud, para que tenga, al menos, algún objeto con que cubrir su desnudez.

MARIO.—¡Pero te has vuelto loca! ¡Loca de remate!

FLORIA.—Loca, sí. Verdaderamente es una locura el amar á un hombre que no me quiere, que me engaña... á un ingrato que pasa de los brazos de esa infame á los míos.

MARIO.—Pero ¡óyeme, mujer!

FLORIA.—(*Rompiendo á llorar*). ¡Ah! miserable... Y pensar que le adoro con toda mi alma, y no vivo más que por él y para él... Soy tan loca, que lo llevo en mi corazón, en mi sangre, en

mi ser... ¡Y la primera desvergonzada que llega me lo roba! ¡Y yo soy tan vil que aun sabiéndolo, le quiero y siento que cuanto más me esfuerzo en aborrecerle, lo quiero con mayor ímpetu! ¿Hay en el mundo mujer más desventurada? (*Cae sentada en una silla y esconde la cabeza entre sus manos, llora apoyada en la mesa*).

MARIO.—(*Con cariño, acercándose á ella*). ¿Has acabado ya? ¿Me permites ahora que te diga una palabra? ¿Una sola? (*La coge una mano que ella le abandona, mientras se enjuga el llanto con la otra*).

FLORIA.—(*Sin mirarlo, pero con amorosa reconvención*). ¡Canalla! ¡Infame! ¡Engañarme así!

MARIO.—Pues bien, no lo niego, aquel vestido es de la Marquesa.

FLORIA.—¡Ah! ¿Y lo confiesas?

MARIO.—(*Con dulzura y obligándole á sentarse*). Pero la Marquesa no la ha traído aquí. Fué un desgraciado á quien le sirvió de disfraz... un fugitivo...

FLORIA.—¿Su hermano?

MARIO.—Sí, su hermano que está allí, en el jardín.

FLORIA.—¿Con que no es ella, sino Angelotti? (*Abrazándole*). ¡Oh, cómo te quiero!

MARIO.—Así me gusta.

FLORIA.—(*Besándolo.*) ¡Amor mío! ¡Tesoro mío! ¡Vida mía! (*De pronto se interrumpe*). Pero ¿y si mientes?

MARIO.—¿Volvemos á empezar?

FLORIA.—(*Vivamente, tapándole la boca*). Basta... ni una palabra más; te creo.

MARIO.—¿Quieres verle?

FLORIA.—No, no, me basta tu palabra.

MARIO.—Está allí, míralo.

FLORIA.—Repito que no quiero verlo... Confío en tu palabra... ¡Así te haré olvidar mis estúpidos celos!... Quiero probarte que tengo plena confianza en tí y que no me queda ni la

más leve sospecha... Nada, nada hay en mí, más que un amor infinito. (*Mirando en rededor disimuladamente*). ¡Ah, sí! es verdad... acabo de verle.

MARIO.—(*Riendo*). Todas las mujeres sois así. Teneis que ver para creer. Bueno, ¿me perdonas?

FLORIA.—(*Con seriedad*). Te perdono.

MARIO.—(*Levantándose*). ¿Hasta las injurias que me has dirigido, verdad? Gracias.

FLORIA.—(*Acariciándole y siguiéndole detrás*). Dices bien. No eres tú, sino yo, quien debe pedir perdón... Tú arriesgas la vida por salvar á un infeliz... ¡Qué bueno y qué generoso eres! ¡Tu vales más, mucho más que yo! Por eso debes ser indulgente con esta cabeza loca... Comprendo que te disgusten mis celos, pero yo te amo, y te amo de tal modo, que he perdido la razón. Tú no sabes cuanto te quiero y de cuantos sacrificios sería capaz. ¡Ah! ¡si tú me quisieres de igual manera!

MARIO.—Yo te quiero con toda mi alma, pero ahora es preciso que me dejes.

FLORIA.—Eso no. ¡Soy tan feliz ahora! (*Pausa corta.*) ¿Se quedará aquí ese desgraciado?

MARIO.—¿Angelotti? Naturalmente: toda la noche por lo menos. Al amanecer procuraré alejarle de la ciudad.

FLORIA.—Así, pues, también me quedo yo para ayudarte.

MARIO.—Eso no; de ninguna manera. Tú no debes mezclarte en una aventura tan peligrosa.

FLORIA.—¡Qué importa!

MARIO.—¡No, no!... ¡Vete á casa!

FLORIA.—¡Sola!

MARIO.—Sí... Es preciso! ¿Dejaste el coche á la puerta?

FLORIA.—No... un poco más lejos... ¡Quería sorprenderte!

MARIO.—El hijo de Cecco te acompañará.

Floria.—¿Cuándo volveré á verte?

Mario.—Mañana temprano, en cuanto Angelotti haya huído.

Floria.—¡Dios mío, si os prendieran á los dos!

Mario.—(*Ayudándola á ponerse el abrigo*). Ea, no temas. Procederé con mucha cautela... Espérame por la mañana...

Floria.—¡Oh, sí, ven pronto, estaré muy inquieta!

Mario.—(*Cogiendo el abanico que está sobre la mesa*). ¿No te llevas este abanico que te trastornó los sesos?

Floria.—¿Acaso no había motivo para ello?

Mario.—Era para Angelotti, lo mismo que ese vestido.

Floria.—¿Y quién podía adivinarlo? ¿Puedo despedirme de él?

Mario.—¿De Angelotti? Si te empeñas... (*Va hacia el fondo*). Está allí, examinando el pozo, donde debe esconderse, en caso de sorpresa. (*A Floria*). ¿De manera que volviste á San Andrés, después que yo me marché?

Floria.—No.

Mario.—(*Sobresaltado*). ¿No? Entonces, ¿cómo encontraste ese abanico?

Floria.—El caso es... (*Se interrumpe herida por una idea terrible.*) ¡Ah! ¡Comprendo!

Mario.—¿Qué? Acaba.

Floria.—¡Ah, Dios mío! ¿La policía busca á Angelotti?

Mario.—¡Claro que sí!

Floria.—¿Scarpia?

Mario.—Por supuesto.

Floria.—Ahora comprendo... Ha sido una emboscada.

Mario.—(*Sin comprender*). ¿Una emboscada?

Floria.—El fué quien despertó mis sospechas: él me dió este abanico... él engendró en mí la idea de venirte á sorprender aquí...

Mario.—¿Scarpia?

Floria.—¡El infame! Se sirvió de mí, como de un perro, para descubrir la presa.

MARIO.—(*Aterrorizado*). ¿Te ha visto venir?
FLORIA.—Y me habrá seguido, no hay duda.
MARIO.—¿Qué has hecho? ¡Desgraciada!
FLORIA.—¡Silencio! ¿Oyes? (*Voces dentro*).
MARIO.—Rumor de voces.
FLORIA.—(*Con espanto*). ¡Ahí están! ¡Son ellos!

ESCENA IV

Dichos, CECCO. Después ANGELOTTI.

CECCO.—Señor... La casa está rodeada de gente... Llaman á la puerta.

MARIO.—Entretenlos todo el tiempo que puedas. (*Cecco sale. Mario va al fondo*). ¡Angelotti! (*Este se presenta*). Estamos descubiertos... Ahí están los esbirros. (*Escucha, ansioso, en la puerta derecha*).

ANGELOTTI.—Pues salto las tapias y me oculto en el campo entre las ruinas.

MARIO.—Ya es tarde. El jardín y la casa están rodeados... Al escondite... pronto, pronto.

ANGELOTTI.—Por el santo de mi nombre os juro que si me descubren, no me cogerán vivo. (*Desaparece por el fondo*).

MARIO.—(*A Floria*). Y ahora sangre fría, mucha sangre fría, si no quieres perderme á mí con él.

FLORIA.—¡Oh infortunio!... ¡Pensar que yo soy la causa de todo esto! (*Ruido de voces á tiempo que aparecen polizontes por distintos sitios del jardín*).

ESCENA V

Dichos, SCARPIA, COLOMETTI, polizontes, un escribano, un alguacil y soldados. — Scarpia entra por el fondo, lo mismo que sus secuaces y avanza lentamente.

MARIO.—(*Yendo á su encuentro*). ¿Me permitirá el señor barón de Scarpia preguntarle á qué

debo el honor de su visita en una hora tan intempestiva como ésta?

SCARPIA.—(*Friamente*). Una penosa obligación de mi cargo, caballero. Aquí dentro debe de hallarse oculto un reo político, fugado del castillo de Santángelo.

MARIO.—Se equivoca el señor Barón. Aquí no hay nadie.

SCARPIA.—Ahora lo veremos.

MARIO.—¿Es decir que venís á practicar un registro?

SCARPIA.—Y además un interrogatorio.

FLORIA.—Yo os aseguro, Barón, que no hay nadie. Registré ya toda la casa inútilmente, y bien sabéis que nada se oculta á los ojos de una mujer celosa.

SCARPIA.—Es posible que vean más claro los ojos de un Director de policía.

ESCENA VI

Dichos, SCHIARRONE.

SCARPIA.—Aquí está Schiarrone á quien encargué un examen previo. ¿Habéis registrado la casa?

SCHIARRONE.—Sí, excelencia, y no hemos encontrado á nadie.

SCARPIA.—¿Y en el jardín?

SCHIARRONE.—Tampoco.

SCARPIA.—Escaparse no ha podido. La casa y el jardín están bien vigilados... Sin duda se esconde aquí dentro en algún sitio secreto.

SCHIARRONE.—Examinaremos todas las paredes, habitación por habitación, hasta dar con él.

SCARPIA.—Esa es tarea demasiado larga y el tiempo urge. Mas breve será que el caballero Cavaradossi se tome la molestia de decirnos donde está.

MARIO.—¿Yo?

Scarpia.—Sin duda.

Mario.—Pues yo no puedo decir más que una cosa: el señor Angelotti no está en mi casa.

Scarpia.—No obstante, yo tengo la seguridad de que variaréis de opinión y acabareis por decirnos dónde se encuentra la persona á quien buscamos. Tened la bondad de pasar á la habitación inmediata y de responder á unas cuantas preguntas.

Mario.—¿Y por qué no en ésta?

Scarpia.—Podría contestar: porque así me parece conveniente, pero quiero ser cortés y comedido hasta el fin, y os diré que al rogaros que tengais la bondad de pasar á la otra habitación, obedece al deseo de que la señora (*Señalando á Floria*) no asista á vuestro interrogatorio, puesto que el suyo vendrá después.

Mario.—(*Vivamente*). La señora no puede saber más que yo.

Scarpia.—Ya veremos... Ea, hay que abreviar. Pronto, conducid al caballero á aquella estancia. (*Los polizontes hacen ademanes de acercarse á Mario*).

Mario.—¡Atrás! ¡Nadie se acerque!... ¡Iré yo solo. (*Entra por la derecha seguido de varios polizontes*).

Scarpia.—Vos, Roberti, interrogaréis al caballero empleando las fórmulas de costumbre si persiste en sus negativas. Suspenderéis ó reanudaréis el interrogatorio, según las órdenes que yo os daré desde aquí, y que dependerán de las respuestas de la señora. Andad. (*Vanse Roberti y su ayudante*).

ESCENA VII

FLORIA, SCARPIA, SCHIARRONE, COLOMETTI, soldados al fondo, y dos polizontes que guardan la puerta de la izquierda.

Floria.—(*Sentada cerca de la mesa y jugando con el abanico*). ¿De mis respuestas? ¿Y qué respuestas son esas?

Scarpia.—(*Acercándose*). Las precisas, nada más que las precisas.

Floria.—¿Cómo voy á responder á lo que me preguntáis si no sé ni siquiera de qué se trata?

Scarpia.—(*Sonriendo y con tono amistoso*). Hablaremos como dos buenos amigos, ¿verdad? (*Coge una silla*). Y seguiremos nuestro coloquio desde el punto en que lo interrumpimos, hace pocas horas, en la capilla de San Andrés. (*Se sienta*). ¿Con que los celos y las sospechas que despertó en vos ese lindo abanico, no tenían fundamento alguno?

Floria.—(*Con sequedad*). Vos lo sabréis mejor que yo, señor Barón.

Scarpia.—Por lo visto, confundí las personas, ¿no es eso? El caballero Cavaradossi no estaba aquí con la marquesa de Attavanti, pero si con su hermano.

Floria.—Ni con ella ni con él. Estaba solo, completamente solo.

Scarpia.—(*Burlándose*). ¿Conque solo, eh?

Floria.—(*Impaciente*). Sí.

Scarpia.—¿Vos lo afirmáis bajo vuestra palabra?

Floria.—(*Nerviosa.*) Si... yo lo afirmo... ¿Entendéis? Yo lo afirmo...

Scarpia.—(*Con frialdad*). Calma, señora. (*Volviéndose*). ¡Schiarrone!

Schiarrone.—(*Desde la puerta izquierda*). ¡Excelencia!

Scarpia.—¿Qué dice el caballero?

SCHIARRONE.—Nada.
SCARPIA.—¿Se obstina en negar?
SCHIARRONE.—Con más terquedad que antes.
SCARPIA.—En tal caso, insistid. Roberti, insistid.
FLORIA.—(*Vivamente*). Esa insistencia será inútil. ¿Quién le obligará á decir lo que no sabe?
SCARPIA.—A primera vista he juzgado de la fortaleza de ánimo del caballero Cavaradossi y he previsto su obstinación en encerrarse en el silencio, pero á vos, señora, os creía más razonable.
FLORIA.—¿Pretendéis, acaso, que yo mienta para complaceros?
SCARPIA.—(*Sonriendo*). No por cierto. ¿Mentir? ¿Quién piensa en eso? Yo sólo deseo que digais lo que sabéis, porque así ahorráis al caballero un mal cuarto de hora.
FLORIA.—(*Levantándose asustada*). ¡Cómo! ¿Qué queréis decir? ¿Qué es lo que sucede en esa habitación?
SCARPIA.—Una cosa sencillísima: se interroga al caballero Cavaradossi con las formalidades y por los procedimientos establecidos en las leyes.
FLORIA.—(*Con inquietud*). Quiero entrar.
SCARPIA.—(*Deteniéndola*). Es inútil: yo mismo os explicaré lo que ocurre. El caballero está sentado en un sillón, sujeto de piés y manos, con un casco de acero en la cabeza que hace desatar la lengua á la persona mas taciturna. Ese casco tiene tres puntas afiladas, una que se ajusta sobre la nuca y las otras dos sobre las sienes.
FLORIA.—(*Con terror*). ¡Ah!
SCARPIA.— (*Levantándose*). A cada negativa del caballero se hace girar un tornillo de rosca y las puntas aprietan. (*Coge á Floria por un brazo*).
FLORIA.—(*Tratando de escaparse*). ¡Ah! ¡Malditos! Basta... Por Dios, basta.

SCARPIA.—(*Sujetándola*). ¿Hablaréis?
FLORIA.—Pero antes ordenadles que cesen... Pronto, decídselo.
SCARPIA.—(*Alto*). Roberti, aflojad un poco el tornillo.
FLORIA.—Más... más.
SCARPIA.—Roberti, aflojad del todo.
SCHIARRONE.—(*Desde la puerta*). Ya está, excelencia.
SCARPIA.—(*A Floria*). ¿Habeis oído? Aflojaron del todo.
FLORIA.—¡Oh, Dios mío! Someter á él, á mi Mario, á un suplicio tan espantoso!... ¡Ah, cobardes! ¡Cobardes! ¿Continuais todavía?
SCARPIA.—Mientras yo no lo mande, no.
FLORIA.—(*Logrando desasirse de él*). ¡Quiero verle! (*Corre hacia la puerta, pero los polizontes le cierran el paso*). ¡Dejadme pasar! ¡Dejadme pasar!
SCARPIA.—Schiarrone, cerrad la puerta. (*Schiarrone obedece*).
FLORIA.—(*Desesperada, golpeando la puerta*). ¡Mario, Mario! ¿No me oyes? Háblame Mario; díme una sola palabra, una sola. (*Pausa*). ¡Infames! ¿Le habeis asesinado?
SCARPIA.—(*Con frialdad, sentándose á la derecha*). No. Le dejan tiempo preciso para tomar aliento.
FLORIA.—¡Mario! ¡Mario! ¡Mario!
MARIO.—(*Desde dentro con voz ahogada*). ¡Floria!
FLORIA.—¡Ah! ¡Por fin...!
MARIO.—Nada temas... El valor no me faltará.
FLORIA.—¿Te hacen daño? Dímelo, vida mía.
MARIO.—En este momento, no... Valor, Floria, valor.
FLORIA.—¡Oh, que voz tan dolorida! (*Separándose de la puerta*). ¡Como sabe sufrir! Pero, Dios mio ¿es esto posible? Atormentarle de un modo tan horrible á él, ¡tan compasivo, tan generoso, tan bueno!... ¿Y le destrozan las

sienes con puntas de acero? ¡Qué horror! ¿Y son seres humanos los que torturan á un semejante suyo? (*Desviando la mirada hacia Scarpia*). ¿Y ese hombre lo ordena friamente, y aspira con voluptuosidad de tigre el olor de sangre humana?

Scarpia.—(*Sonriendo con sarcasmo*). Admiro vuestros acentos dramáticos y desplantes de trágica tan dignos de las tablas de un escenario, y os doy por ello mi felicitación más sincera. Pero, hablemos en serio. Ya habéis oído las palabras del caballero: «El valor no me faltará». Lo cual significa que está decidido á no pronunciar una palabra ni de grado ni por fuerza.

Floria.—¡Antes le arrancarán el alma!

Scarpia.—Lo creo.

Floria.—Pues entonces, señor Barón, libertadle ahora mismo. Repito que no dirá nada. ¿Conque se acabó, no es cierto?

Scarpia.—¡Concluir! ¡Si apenas hemos comenzado!

Floria.—¡Ah!

Scarpia.—Continuaremos el interrogatorio.

Floria.—¡Torturarle más! ¡Y para no saber nada!

Scarpia.—Os equivocais: lo sabré todo. El sufrirá el interrogatorio y vos respondereis.

Floria.—¿Yo?

Scarpia.—Si, vos. Y os prevengo que cada negativa vuestra, será una vuelta más que daréis al tornillo y un nuevo riesgo para la vida de vuestro amante.

Floria.—¡Verdugo!

Scarpia.—No, yo no: el verdugo seréis vos si os negais á responder. (*En voz alta*). Atención, Roberti. (*Schiarrone abre la puerta*).

Floria.—¡Asesino! (*Gesto amenazador de Scarpia*). No, excelencia. ¡Piedad, piedad para él!... Perdonadme, no sé lo que digo. No le hagais daño... Es horrible... horrible.

SCARPIA.—¿Dónde está escondido Angelotti?

FLORIA.—Pero, si no sé: no sé nada... ¡Cómo he de saberlo yo! (*Scarpia hace una seña con la mano á Schiarrone; éste transmite la orden al interior. Floria se arroja sobre Scarpia y le coge el brazo levantado*). No; esperad... un momento... ¡Dios mío! ¡Perder el uno para salvar al otro! ¡Es aterrador! (*Movimiento de Scarpia*). Aguardad. Por favor, aguardad un instante. Ahora no se le atormenta, ¿verdad? ¡Prometedlo!

SCARPIA.—Por ahora no: aguardaré un rato. Vamos, pronto, ¿qué respondéis?

FLORIA.—¡Ay de mí! ¿Cómo debo responder? Decídmelo... Yo no sé... Pero con tal no le causeis daño diré todo lo que querais, ¡todo!

SCARPIA.—Perfectamente. Cuando llegasteis á esta habitación estaba en ella un hombre ¿no es cierto?

FLORIA.—No. (*Scarpia hace signos á Schiarrone*). Si... si... esperad... Dejadme al menos recoger las ideas. ¿Un hombre? No recuerdo... (*Nuevo movimiento de Scarpia*). Si, si, creo que si. (*A Schiarrone*). Pero siendo yo quien responde por él ¡miserable, cierra esa puerta!

SCARPIA.—¿Y ese hombre era Angelotti?

FLORIA.—De eso no estoy segura... Pero no, no era él... Yo juro...

SCARPIA.—(*Burlándose*). Ese juramento equivale á decir que sí.

FLORIA.—No... Os digo que nó.

SCARPIA.—Pero lo negais con tal energía que vale un sí.

FLORIA.—¡Dios os pedirá cuenta de lo que haceis conmigo en este momento! ¿Cómo puedo yo asegurar que ese hombre era Angelotti? ¿Le conozco yo por ventura?

SCARPIA.—En suma, ese hombre, sea el que fuera, ¿en dónde se ha escondido?

FLORIA.—¿Escondido? Dios sabe por donde andará á estas horas.

SCARPIA.—No ha podido fugarse... La casa está bien vigilada.

FLORIA.—Si os obstinais en no creer lo que digo... (*Con sobresalto*). ¡Un grito! ¿Han vuelto á torturarle?

SCARPIA.—No.

FLORIA.—(*Escuchando*). Si, si; he oído...

SCARPIA.—Repito que no. (*Pausa*). ¿Lo veis? Continuemos... Aquel hombre se escondió en un lugar secreto... Quizá en este mismo aposento.

FLORIA.— Ojalá fuese así, porque no consentiría se atormentase tan cruelmente á su salvador.

SCARPIA.—¿De manera que es su salvador?

FLORIA.—(*Reponiéndose y disimulando*). ¡No! No he dicho eso...

SCARPIA.—¡Si acabais de confesarlo!

FLORIA.—No sé... no recuerdo. Puesto que me obligais á hablar, empleando tan horribles procedimientos, digo lo primero que se me ocurre...

SCARPIA.—En una palabra: Angelotti está escondido. (*Movimiento de Floria*). ¿Dónde? ¡Ea, acabemos!

FLORIA.—No sé. .

SCARPIA.—(*Volviéndose hacia la puerta*). ¡Roberti!

FLORIA.—(*Desesperada*). Si, si... Lo está...

SCARPIA.—¿En dónde?

FLORIA.—(*Arrepentida de la idea que tuvo de indicar el jardin*). ¡Oh! ¡Es horrible entregar á ese desgraciado para que lo asesinen!

SCARPIA.—(*Impaciente*). Decid, ¿en qué sitio?

FLORIA.—(*Llorando*). No puedo... Ved que no puedo hablar... Desfallezco... (*Desesperándose, cae sentada en una silla*).

SCARPIA.—(*Inclinándose hacia ella, con voz dulce*). Ea, valor... Un poco de voluntad y vuestro amante estará libre.

FLORIA.—(*Sollozando*). ¡Oh! Dios mío! Mario no me perdonará nunca, nunca.

SCARPIA.—Decídmelo á mi solo en voz baja: él no lo sabrá, os lo prometo... Ea, pronto...

FLORIA.—(*Con voz sofocada*). Antes que todo deseo hablar con él.

SCARPIA.—¿Para qué?

FLORIA.—Concededme este favor. Después haré todo lo que querais, pero antes quiero hablarle, quiero verle.

SCARPIA.—Roberti, cesad un momento. (*Schiarrone obedece y se coloca con dos polizontes á ambos lados de la puerta. Scarpia en medio de la escena y Floria á su derecha Pausa corta. Floria se enjuga el sudor de la frente y trata de aproximarse á la puerta, pero Scarpia la sujeta*). No... dispensad. Desde aquí únicamente.

FLORIA.—¡Mario! ¡Mario mío!... ¿Me oyes, verdad?

MARIO.—(*Con voz ahogada*). Sí.

FLORIA.—¡Oye, amor mío! Tú no puedes resistir más, ni yo tampoco, te lo juro. Debo hablar ¿no es cierto? Oh, dime que consientes en ello... Dímelo... Dímelo.

MARIO.—¿Y qué dirás, desgraciada?

FLORIA.—(*Suplicante*). ¡Mario!

MARIO.—(*Con energía*). Pero si no sabes nada.

FLORIA.—(*Vivamente, arrodillada y extendiendo las manos hacia Mario*). ¡Oh, yo no puedo permitir que te atormenten! ¡Sufres mucho, y yo más que tú! ¡Mi tortura es aún más espantosa! De rodillas te lo pido, tesoro mío... Déjame hablar... Díme, dime que consientes...

MARIO.—(*Con energía*). No, no... no... Nada tienes que decir... Te lo prohibo, ¿entiendes?

FLORIA.—(*Desesperada*). ¡Te matarán!

MARIO.—¡Te lo prohibo!

SCARPIA.—(*Con voz terrible*). Continuad, Roberti, y no ceseis más.

FLORIA.—(*A los pies de Scarpia*). No... no... ¡que no sigan! ¡Yo lo diré todo!
MARIO.—Calla, ó te maldigo!
FLORIA.—(*Suplicante*). ¡Dios mío! ¡Señor! ¡Dios poderoso!
SCARPIA.—¡Ea, Roberti!
FLORIA.—(*Abrazándose á sus rodillas*) ¡No... que cesen!
SCARPIA.—(*Inclinándose*). ¿Dónde está?
MARIO.—(*Con exclamación de dolor*). ¡Ah!
FLORIA.—(*Desesperada y repitiendo la exclamación*). ¡Ah! No puedo... no puedo más! Lo diré todo.
SCARPIA.—Basta, Roberti.
FLORIA.—(*Señalando el jardín*). Está allí.
SCARPIA.—¿En el jardín?
FLORIA.—Dentro del pozo.
SCARPIA.—(*A los polizontes*). Ya lo habéis oído. (*Los polizontes se dirigen al jardín seguidos de los soldados*).
FLORIA.—(*Levantándose*). Ahora, miserables, devolvedme á mi Mario.
SCARPIA.—(*A Schiarrone*). Desatad al preso. (*Lo hace. Después se encamina al jardín*).

ESCENA VIII

MARIO, con dos manchas de sangre en las sienes, aparece en la puerta, pálido, jadeante, casi desfallecido, apoyándose en el umbral para no caer. FLORIA corre hacia él; lo sostiene y lo conduce hasta el sillón, donde cae desmayado. SCARPIA. Luego SCHIARRONE

FLORIA.—(*Enjugándole el sudor y besándole la frente*). ¡Amor mío! ¡Vida mía! ¡Mírame! (*Pausa*).
MARIO.—(*Abriendo los ojos penosamente*). Tú no has dicho nada... ni yo tampoco, ¿verdad?

FLORIA.—No, no... Tú no has dicho nada. (*Mario cae en profundo abatimiento. Floria llora y le besa las manos. En esto, aparece Schiarrone por el fondo*).

SCARPIA.—(*A Schiarrone*).—¿Le encontrásteis?

SCHIARRONE.—Sí, señor. Muerto.

SCARPIA.—¿Muerto? (*Los polizontes traen el cadáver de Angelotti y lo depositan en el jardín, cerca de la entrada. La luna ilumina el cuerpo. Mario abre los ojos, pero Floria se coloca de modo que no pueda ver el cadáver*).

SCHIARRONE.—(*A Scarpia*). Seguramente se ha suicidado con un veneno.

MARIO.—¿Muerto? (*A Floria*). ¿Quien ha muerto? (*Se incorpora, pero Floria le impide que vea el cadáver*). ¿Quién? Aparta: déjame ver. ¡Oh! ¿es él? ¡Desgraciada!

FLORIA.—¡Mario!

MARIO.—No te acerques. ¡Vete! Tú has sido su verdugo...

FLORIA.—(*De rodillas*). Por salvarte.

SCARPIA.—(*A los polizontes*). ¡Ea, pronto! ¡Despachad! El muerto al depósito. Y el vivo... su cómplice...

FLORIA.—(*Con temor*). ¿A dónde? (*Los polizontes rodean á Mario y se lo llevan*).

SCARPIA.—A la horca. (*Floria profiere un grito. Después intenta hablar con Scarpia, pero se queda absorta, mirándole asombrada, hasta caer desmayada*).

SCHIARRONE.—¿Y la mujer también?

SCARPIA.—También.

TELÓN.



ACTO TERCERO

Castillo de Santángelo. Habitación octógona. A la izquierda, una alcoba ricamente amueblada con un lecho al fondo. A la derecha puerta vidriera comunicando á un balcon. Al fondo la puerta de entrada. En primer término, á la derecha, una mesa con el menester para escribir. A la izquierda, en el fondo, una consola con su correspondiente espejo. Al pie de la cama un reclinatorio con un crucifijo de ébano. En la escena, hacia la izquierda, una mesa con mantel y suculentos manjares. A la derecha de esta mesa un sofá. Todavía es de noche, pero la escena está iluminada por un candelabro puesto sobre la mesa. Al levantarse el telón, tres criados sirven la comida á Scarpia, el cual está sentado de espaldas á la consola.

ESCENA PRIMERA

SCARPIA, SCHIARRONE y criados.

SCARPIA.—Abrid esas vidrieras (*Un criado obedece*). ¿Qué hora es, Shiarrone?

SCHIARRONE.—Las tres de la mañana, excelencia.

SCARPIA.—Me parece que la ciudad está sosegada.

SCHIARRONE.—Completamente, excelencia. El gobernador ha hecho reforzar los cuerpos de

guardia, y toda la guarnición está sobre las armas.

SCARPIA.—Precaución inútil. La victoria de los franceses no ha entusiasmado al pueblo.

SCHIARRONE.—Ciertamente, ha producido más admiración que entusiasmo.

SCARPIA.—¿Está en la capilla el preso?

SCHIARRONE.—Sí, excelencia, entró con los Hermanos de la Buena Muerte. Por cierto que á las piadosas exhortaciones para que encomiende su alma á la divina misericordia, contesta el reo que no tiene necesidad de pedir perdón á nadie, por haber cumplido su deber de hombre honrado, tratando de salvar á un inocente, víctima de la tiranía.

SCARPIA.—(*Sirviéndose y comiendo*). Excelente máxima digna de un jacobino.

SCHIARRONE.—Y que si el cielo consintiera tales infamias, el propio cielo se haría cómplice de los malvados.

SCARPIA.—¡Blasfemia horrible! ¿Y qué más?

SCHIARRONE.—Los Hermanos perdieron la paciencia ante un pecador tan empedernido y acaban de abandonarle.

SCARPIA.—¿Y él?

SCHIARRONE.—Se echó á dormir tranquilamente.

SCARPIA.—¡Vaya un modo tan cristiano de prepararse á morir!

ESCENA II

Dichos, COLOMETTI.

SCARPIA.—¡Adelante! ¿Qué dice el Gobernador?

COLOMETTI. — Volvía del palacio de Farnesio cuando yo llegué. Se alegró de la captura de Angelotti y trazó esta orden de su puño y letra.

SCARPIA.—(*Despliega la orden y lee:*) «El caballero Mario Cavaradossi será ejecutado antes de salir el sol». (*Deja la orden sobre la mesa*).

He reflexionado el caso y soy de parecer que aun que Angelotti se envenenara para librarse de la pena infamante que le aguardaba, no por eso debemos dejar de ejecutarlo. Esta clase de suicidios resultan ejemplos deplorables. Por lo tanto he resuelto que Angelotti sea ajusticiado por mano del verdugo. Hay que ocultar la verdad de lo ocurrido, y puesto que no podemos ahorcar á un vivo ahorcaremos á un muerto. ¿Está preparada la horca?

SCHIARRONE.—La están levantando debajo de ese balcón, á la entrada del puente.

SCARPIA.—Dejaréis el cuerpo de Angelotti en la horca hasta que termine la misa mayor, para que todo el mundo pueda verle. Después lo enterraréis en un hoyo cualquiera, con tal no sea en tierra sagrada. Los suicidas no tienen derecho á recibir sepultura cristiana.

SCHIARRONE.—Así se hará. ¿Y el otro?

SCARPIA.—De Cavaradossi trataremos después. ¿Dónde está la Tosca?

COLOMETTI.—En el mismo cuarto donde su excelencia la mandó encerrar.

SCARPIA.—Sigue furiosa, ¿eh?

COLOMETTI.—Menos que antes... Pero no deja de estar inquieta, tanto por Cavaradossi, como por conocer el sitio donde la hemos conducido desmayada. Nosotros, no habiendo recibido instrucción de ningún género, hemos considerado oportuno no decirla nada.

SCARPIA.—(*A Schiarrone*). Conducidmela aquí. (*Váse Schiarrone*). Y vos, Colometti, vigilad la ejecución del muerto. Cuando hayáis concluído os llamaré desde el balcón (*Váse Colometti. Después entra Schiarrone acompañando á Floria. A una señal de Scarpia Schiarrone se retira*).

ESCENA III

SCARPIA y FLORIA. Esta entra silenciosa, pálida y vacilante. Para andar se apoya en el respaldo del sofá y mira enderredor con inquietud. Corta pausa.

SCARPIA.—¿Deseais conocer dónde os hemos conducido, verdad? Pues bien, vos, lo mismo que el caballero Cavaradossi, os encontrais en mis habitaciones particulares del castillo de Santángelo. Ahora bien, tras de una noche tan agitada y tan llena de emociones, calculo que tendréis necesidad de reposo, y por lo mismo os ofrezco este humilde albergue y una parte de esta cena, que hubiera sido más exquisita si yo hubiese podido figurarme que iba á tener una convidada tan ilustre. (*Floria sin mirarlo siquiera, hace un gesto de desprecio y de disgusto. Scarpia, sonriendo, dice:)* ¿Quizá sospecháis que os ofrezco un festín nocturno, á lo Borgía, aderezado con veneno? Esas fueron costumbres de otras épocas, costumbres ya en desuso, por fortuna. Nosotros no empleamos el veneno.

FLORIA.—Pero degollais siempre.

SCARPIA.—(*Sonriendo*). A los asesinos solamente. A los rebeldes y sus cómplices los puedo hacer fusilar, ahorcar ó descuartizar, según me plazca. (*Movimiento de Floria*). ¿Os asombrais acaso? ¿Sospechasteis, por ventura, que el caballero Cavaradossi sería sometido á un proceso?

FLORIA.—(*Con ansiedad*). ¿No será juzgado?

SCARPIA.—¡Qué locura! Un interrogatorio, testigos, fiscales, jueces, defensores... nada de eso. No podemos perder el tiempo en semejantes fruslerías. Su Majestad católica ha simplificado el procedimiento. Tened la bondad de asoma-

ros á ese balcón y podréis ver á la luz de las antorchas, unos cuantos hombres que trabajan á la entrada del puente. ¿Sabéis lo que hacen? Pues levantan un horca, una sólida horca de dos brazos... En uno de ellos se colgará un muerto, y en el otro un vivo.

FLORIA.—(*Con espanto*). ¿Mario?

SCARPIA.—Exacto. Y no depende más que de mí el embellecer el cuadro, añadiéndole una nueva figura... ¡la vuestra! Pero no lo haré. No soy tan insensato que pretenda privar á los romanos de su ídolo, al cual también profeso yo un verdadero culto... Scarpia, admirador del arte, no le perdonaría jamás á Scarpia policía... Ah, no, de ningún modo. Vos, señora mía, no honraréis con vuestro concurso personal tan lúgubre representación. Vuestro coche, por orden mía, os aguarda abajo; las puertas del castillo las tenéis abiertas de par en par. Estáis libre, completamente libre.

FLORIA.—(*Profiere una exclamación de alegría y corre hacia la puerta*). ¡Ah!

SCARPIA.—(*Sentándose de nuevo á la mesa*). Esperad. (*Floria se para*). Creo adivinar el verdadero significado de ese grito. No es la alegría de vuestra libertad, sino este pensamiento: «Corro ahora mismo al palacio de Farnesio, penetro de cualquier modo en la cámara de la Reina, que siempre me ha profesado mucho afecto, y le arranco con súplicas y con lágrimas el indulto de mi amante». ¿Acerté?

FLORIA.—Si... eso pensaba.

SCARPIA.—(*Desdoblando el papel que está sobre la mesa*). Por desgracia tengo aquí una orden terminante: «El caballero Cavaradossi será ejecutado antes de salir el sol» Leedla. Cuando llegue á mi poder la gracia de indulto, el reo habrá sufrido ya la última pena.

FLORIA.—Pero vos no haréis eso.

SCARPIA.—Seamos justos, señora mía. Que yo os

salve á vos, es natural y lo realizo con el mayor gusto; pero que haga lo propio con él... ¡Por Dios! eso no lo haré nunca.

FLORIA.—(*Fuera de sí*). Entonces, miserable, ¿eres un asesino?

SCARPIA.—Lo que soy y lo que haya de ser, dependerá de vos, de vos exclusivamente.

FLORIA.—(*Pensativa*). ¿De mí?

SCARPIA.—Sí; pero, pronto, sentaos. Estais á punto de caer desfallecida y yo no puedo seguir cenando con tranquilidad, mientras vos estais en pié. Ea, hacedme el favor de tomar asiento y aceptad siquiera dos dedos de este excelente vino de España. (*Se lo sirve*). Y aquí, con toda comodidad, nos ocuparemos de Cavaradossi, y de los medios de aliviar en lo posible su triste situación.

FLORIA.— No tengo hambre ni sed más que de su libertad. (*Se sienta resueltamente en frente de él, aparta con desdén el vaso de vino y coloca los codos sobre la mesa*). ¡Concluyamos! ¿Cuánto?

SCARPIA.—(*Dejando de beber*). ¿Cómo cuánto?

FLORIA.—Si. ¿Qué suma quereis?

SCARPIA.—¡Dinero! ¡Qué vergüenza! Mal me conocéis, señora. Porque hace pocas horas estuve implacable, hasta feroz, en el cumplimiento de mis deberes, ¿suponeis que soy capaz de venderme? Si yo extremaba mi celo en la persecución de Angelotti, era porque su fuga constituía mi perdición. Pero una vez realizada mi tarea, soy como el soldado que depone la cólera al cesar el combate. Con que, ahora, solo encontrais en mi al barón Scarpia, uno de vuestros mas fanáticos admiradores. (*Se levanta y se acerca á Floria; ésta, sentada, le mira con inquietud*). Y esta ferviente admiración mía ha adquirido esta noche mayor intensidad. Si, Floria, hasta hoy yo sólo había visto en vos á la inimitable intérprete de las

dulcísimas melodías de Cimarosa y de Paisiello; pero de pronto se me ha revelado la mujer más apasionada y mil veces más admirable en la realidad de la pasión y del dolor, que en las ficciones de la escena. ¡Oh, Floria, qué acentos, qué gestos, qué gritos...! ¿Cómo explicar tantas maravillas? Al ver yo todo esto, estuve á punto de olvidar mi papel en aquella tragedia, para aclamaros como un espectador entusiasmado, y declararme vencido ante vuestras prodigiosas seducciones.

FLORIA.—(*Inquieta, por lo bajo*). ¡Ojalá lo hubieseis hecho!

SCARPIA.—(*Dejando el vaso sobre la mesa y sentándose cerca de ella*). ¿Queréis saber por qué no lo hice? Pues porque á la vez que experimentaba un súbito entusiasmo por vos, mujer fascinadora y diferente de todas las que he tratado, surgieron en mi alma unos celos horribles... unos celos espantosos que me roían las entrañas. ¿Cómo, me decía yo, esta cólera que enrojece su semblante, estos gritos de angustia, son por un cualquiera, por un miserable pintor que no vale ni una sola de sus lágrimas? Y cuanto mayores y más sentidas eran vuestras súplicas por él, más se aferraba en mí el ansia de tenerlo en mi poder para hacerle sufrir todo lo que yo sufría, para hacerle pagar caro tanto amor, y castigarle, sí, sí, castigarle sin compasión y sin tregua... ¡Oh! le odio de tal modo por esa felicidad inmerecida que ha conseguido, le envidio de tal suerte por poseer una criatura tan angelical como vos, que no podré perdonarle nunca, nunca... sino con una condición... una sola: la de tener yo también mi parte en esa dicha.

FLORIA.—(*Levantándose*). ¿Tú?

SCARPIA.—(*Tratando de retenerla por un brazo*). Y la tendré.

FLORIA.—(*Desprendiéndose violentamente y lan-*

zando una carcajada sarcástica). ¿Tú?.. Antes me arrojaría por ese balcón.

SCARPIA.—(*Friamente, sin moverse*). Hazlo y dentro de poco te acompañará el cadáver de tu amante.

FLORIA.—¿Con que ese era el precio de tu infamia?

SCARPIA.—(*Sonriendo*). Por fin lo entendiste. Pronuncia un sí y lo salvo... un nó y lo asesino.

FLORIA.— (*Asustada*). ¡Infame! ¿Serás capaz de emplear la violencia?

SCARPIA.—(*Acercándose tranquilamente á la mesa y echando azucar al café*). La violencia no, de ningún modo. Eso no entra en mis costumbres... Si la proposición no te agrada, puedés irte tranquilamente, ya te lo he dicho... (*Agita el café con una cucharadita*). Encontrarás abiertas todas las salidas. Pero te desafío á que lo realices... Ahora, si piensas entretenerte en insultarme ó en suplicarme, te aconsejo desistas de hacerlo porque vas á perder el tiempo de una manera lastimosa. De modo que la mejor resolución que puedes tomar es decir *sí* desde luego.

FLORIA.—Jamás. Voy á despertar á todo el mundo para pregonar tu infamia. (*Se lanza hacia la puerta*).

SCARPIA.—(*Tomando café*). Pero no podrás despertar al muerto. (*Floria hace un gesto de desprecio. Scarpia continua sonriendo*). Me odias mucho, ¿no es cierto?

FLORIA.—¡Que si te odio!

SCARPIA.—Muy bien: así te quiero. (*Concluye de tomar café y deja la taza sobre la mesa*). De las mujeres que se rinden sin lucha estaba ya cansado: más que cansado ahito. Lo que me seduce es tu desprecio, lo que ansío es vencer tu repugnancia, domar tu cólera y humillar tu orgullo.

FLORIA.—¡Demonio!

Scarpia.—¿Demonio? Sea: acepto el calificativo. Por lo mismo que soy un demonio, tengo impulsos satánicos y goces infernales. Quiero saborear el supremo placer de sentir tu alma indignada, doblegarse á mi voluntad, hasta quedar rendida. ¿Qué venganza mejor puedo tomar de tus ultrajes? ¿Qué voluptuosidad más refinada para un demonio, que verte batallar inútilmente entre el dolor y la cólera, hasta caer vencida? ¿Conque me odias? Eso es lo que yo esperaba de tí, un odio mortal, implacable, feroz, y me prometo una alegría diabólica, al mirarte á mis pies, suplicante, entre los últimos espasmos de tu rencor impotente.

Floria.—*(Atónita)*. ¿Pero qué especie de mónstruo eres tú? ¿De qué lodo infecto te han hecho? ¿Qué fiera te ha engendrado?

Scarpia. — Sigue... Sigue... Continua... Más... ¡Aún más! ¡Insúltame! Nunca me parecerán bastantes tus escarnios. Ea, no te detengas. Amontona injurias contra mí, abofetéame el rostro con los dicterios más repugnantes, escúpeme á la cara los insultos más soeces... Todo eso no servirá más que para atizar la hoguera de la pasión que arde en mi pecho. (*Trata de abrazarla*).

Floria.—(*Retrocediendo espantada*). ¡Atrás! No te acerques! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡A mí!

Scarpia.—Nadie acudirá. Te cansas en vano. (*Señalando hacia el balcón*). Mira... Los primeros fulgores de la mañana empiezan á enrojecer el horizonte. Tu Mario, sólo tiene un cuarto de hora de vida.

Floria.—(*Suplicante*). ¡Oh, Señor! ¡Dios justo! ¡Dios misericordioso! ¿Pero no oyes, no ves esto? ¿Como consientes tanta infamia? ¡Dios mio, ven en mi ayuda!

Scarpia.—(*Burlándose*). ¡Si no cuentas con otro auxilio! (*Señalando hacia el balcón*). Mira. Ya está en la horca el cadáver de Angelotti. (*Flo-*

ria retrocede horrorizada). Ahora le toca al vivo. (*Llamando*). ¡Colometti!

FLORIA.—(*Lanzándose hacia el balcón*). ¡No, no! ¡Eso no! ¡Salvadle!

SCARPIA.—(*Abrazándola*). ¿Conque...?

FLORIA.—(*Dejándose caer á sus pies*). ¡Piedad! ¡Tened piedad de mí! ¡Ya os habéis vengado bastante! Vedme aquí, á vuestros pies, castigada, vencida, suplicante, casi moribunda, implorando vuestro perdón por todo lo que haya podido ofenderos... ¿Qué más queréis? ¡Piedad! ¡Piedad!

SCARPIA.—(*Levantándola y abrazándola*). Conque estamos de acuerdo, ¿no es verdad?

FLORIA.—(*Desprendiéndose con un grito de repugnancia invencible*). ¡Ah, no! ¡Nunca, nunca! ¡Antes la muerte! (*Se aparta hacia la derecha, crispada de terror*).

ESCENA IV

Dichos, COLOMETTI y soldados.

COLOMETTI.—¿Debo ir á buscar el reo, excelencia?

FLORIA.—¡Oh!

SCARPIA.—Aguardad. (*En voz baja á Floria, que está apoyada en el respaldo del sofá*). Te doy un minuto para reflexionar.

FLORIA.—(*Angustiada*). ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Todo ha concluido en mí!

SCARPIA.—(*Por lo bajo*). Responde.

FLORIA.—(*Después de una pausa y con violento esfuerzo*). Sí. (*Acto continuo se deja caer en el sofá, anegada en llanto, con el rostro sobre los almohadones, y sollozando desesperadamente*).

SCARPIA.—(*Satisfecho*). He cambiado de opinión, Colometti. El verdugo puede retirarse á descansar... Por ahora no hacen falta sus servi-

cios. (*Colometti da una orden á los soldados y éstos se retiran*).

FLORIA.—(*Incorporándose penosamente y en voz baja*). Quiero la libertad de Mario, pero ahora, en este mismo instante.

SCARPIA.—(*Bajo*). Poco á poco, amiga mía. No se puede andar tan deprisa. Aquí está la orden formal del Gobernador á quien debo obedecer: «Cavaradossi será ejecutado antes de salir el sol». El caballero debe, pues, sufrir la pena impuesta por las leyes, ó por lo menos debe creer todo el mundo que la ha sufrido. La estratagema que voy á emplear para librarle de la muerte, solo la conoceremos Cavaradossi, Colometti y nosotros dos.

FLORIA.—¿Y quién me garantiza que cumpliréis vuestra palabra?

SCARPIA.—Las órdenes que voy á dar ahora mismo. (*Llamando*). Colometti, cerrad la puerta. (*Colometti obedece*). Atención á lo que voy á decir. El preso no será ahorcado sino fusilado (*Movimiento de Floria. Scarpia la tranquiliza con un gesto*) sobre la explanada del Castillo, del mismo modo que el Conde de Palmieri.

COLOMETTI.—¿Es decir que esa ejecución...?

SCARPIA.—No será más que simulada, exactamente como lo fué la del Conde.

COLOMETTI.—Entendido, excelencia.

SCARPIA.—Elegireis entre los soldados de la compañía de guardias, doce hombres de confianza, cuyos fusiles cargaréis vos mismo, con cartuchos sin bala.

COLOMETTI.—Así lo haré.

SCARPIA.— Cuidaréis de advertir á Cavaradossi todo lo que debe de hacer para evitar sospechas. Cuando el reo oiga el ruido de la descarga, se dejará caer en tierra, como herido por el rayo. Entonces os acercais á él como para convenceros de que está bien muerto, y

después de decir en alta voz que no necesita el tiro de gracia, ordenais al piquete que se retire. Luego echaréis la capa sobre los hombros de Cavaradossi y le acompañaréis hasta la puerta del Castillo, donde le esperará el coche de la señora. Una vez en el carruaje os encaminaréis hasta la puerta Angélica, que mandaréis abrir por orden mía. Cuando estéis fuera de las murallas, en lugar seguro, dejaréis que prosiga su viaje. Finalmente vendréis á darme cuenta de todo y á descansar. ¿Entendidos?

COLOMETTI.—Perfectamente, excelencia. ¿Cumplo ahora lo mandado?

SCARPIA.—No; dejad al reo en la capilla y aguardad.

FLORIA.—(*A media voz*). Quiero verle... Quiero decirle yo misma cuanto acabais de ordenar.

SCARPIA.—Sea. (*A Colometti*). La señora está en libertad y puede ir y venir á su antojo por el castillo. Desde luego, acompañadla con otro agente hasta la capilla. Después de la entrevista y cuando la señora haya entrado en su coche, ejecutaréis fielmente todo cuanto acabo de ordenar.

COLOMETTI.—Está bien, excelencia.

SCARPIA.—Ea, no olvidéis ningún detalle; y entretanto, cuidad que no entre nadie á molestarme. (*Colometti sale cerrando la puerta. Scarpia echa el cerrojo por dentro y con el ruido, Floria se estremece y se levanta vacilante*).

ESCENA V

SCARPIA y FLORIA

SCARPIA.—(*Acercándose á Floria*). ¿Estás satisfecha?

FLORIA.—(*Temblorosa, con voz débil*). Aun no.

SCARPIA.—¿Tienes más que pedirme todavía?

Floria.—(*Haciendo un esfuerzo*). Quiero un salvoconducto, autorizándome para abandonar libremente los Estados Romanos.

Scarpia.—Es muy justo. (*Se pone á escribir vuelto de espaldas. Floria se acerca á la mesa y toma el vaso en que Scarpia le sirvió vino al principio del acto. Al llevarlo á sus labios, se fija en el cuchillo de trinchar, de hoja afilada. Con cautela, y vigilando siempre á Scarpia que sigue escribiendo, deja el vaso sobre la mesa y aproxima hacia sí el cuchillo. Después se quita, rápidamente, el guante de la mano derecha y lo coloca encima del cuchillo. Scarpia que ha concluido de escribir lee en alta voz*): «Ordenamos á todas las autoridades que dejen salir libremente de la ciudad de Roma y de los Estados romanos, á Floria Tosca y al caballero que la acompaña, encargándoles, además, que les presten protección y ayuda si la necesitasen. Tal es nuestra voluntad. Roma 18 de Junio de 1800. Por S. M. Católica el Rey Fernando, Vitelio Scarpia, Director general de Policía». (*Se acerca á Floria, la cual vuelve á coger el vaso apurando de una vez su contenido*). Está bien así, ¿no es cierto? (*Le entrega el documento. Floria lo lee de pie, rozando casi su espalda con el rostro de Scarpia, que está inclinado sobre ella devorándola con los ojos*).

Floria.—(*Después de leer coloca el vaso sobre la mesa, procurando que su mano esté casi encima del cuchillo*). Perfectamente.

Scarpia.—Y ahora, ¿qué me das tú en cambio? (*La estrecha por la cintura con un brazo y la besa ardientemente la espalda desnuda*).

Floria.—(*Clavándole el cuchillo en el corazón*). ¡Esto!

Scrpia.—(*Cayendo sobre el sofá*). ¡Ah, maldita! ¡Socorro!

Floria.—(*Con alegría salvaje*). ¡Por fin! ¡Por fin estás en mi poder!

SCARPIA.—¡Socorro!... ¡A mí!

FLORIA.—Grita, grita si puedes, miserable! ¡Dios ha oido mis súplicas. (*Arroja el cuchillo sobre la mesa*). ¡Verdugo! ¡Me has torturado á tu sabor; te burlaste de mi desesperación y de mis lágrimas; has pisoteado sin piedad mis sentimientos mas delicados! ¿Y no había de tener yo mi desquite? (*Bajándose hasta él*). Mírame bien, infame. Mira como me alegro de tu agonía. Mira el placer con que contemplo tu muerte. ¡Y mueres por mano de una mujer, aborto del infierno! Y mueres desesperado, blasfemando de rabia como los réprobos, ¡como lo que eres! ¡Muere, demonio! ¡Muere, mónstruo! ¡Muere condenado por toda la eternidad!

SCARPIA.—(*Con voz ahogada, tratando de incorporarse sobre el respaldo del sofá*). ¡Favor! ¡Socorro!

FLORIA.—(*Escuchando á la puerta, sin dejar de vista á Scarpia*). ¡No llames en tu auxilio! Tu propia sangre te ahoga la voz en la garganta; ¿quién te oirá, miserable? (*Scarpia, por un último y supremo esfuerzo, logra ponerse casi en pie. Floria, al notarlo, se lanza hacia la mesa y empuña otra vez el cuchillo. Por unos instantes, permanecen ambos, uno frente al otro; ella amenazadora, y él sofocado por el estertor de la agonía, sin poder articular palabra, hasta que por fin, cae sobre el sofá, lanzando un gemido, y del sofá vuelve á caer en tierra. Floria deja el cuchillo sobre la mesa y dice con frialdad*): ¡Más vale así! (*Toma el candelabro y lo acerca al rostro de Scarpia que en este momento espira*). ¡Ahora estamos en paz! (*Sin volver á mirar el cadáver, coloca el candelabro en su sitio y se limpia, tranquilamente la mano con el mantel. Después ve una mancha de sangre en su vestido, moja una punta de la servilleta en la botella de agua, y*

se frota con ella la ropa; luego estruja la servilleta y la tira en la alcoba. Dando la vuelta á la mesa se encamina hacia el espejo; coge el candelabro que está sobre la cònsola, lo enciende, y vuelve á dejarlo en su sitio. En seguida se arregla los cabellos, recoge el guante, se lo calza, y al abrochárselo ve el cadáver). ¿Y era eso lo que hacía temblar á toda una ciudad? (*Redoble de tambores, á lo lejos*). ¿La diana? (*Sigue el ruido de tambores, alternando en distintas direcciones hasta caer el telón. Floria recoge el salvoconducto, lo guarda en el pecho y escucha hacia la puerta. De pronto se acuerda que ha encendido el candelabro, va, y lo apaga; pero cambia de idea y lo enciende de nuevo. Luego coge éste y el que está sobre la mesa y los coloca á ambos lados del cadáver. Mira en torno suyo, ve el crucifijo que está sobre el reclinatorio, lo coge y lo pone sobre el pecho de Scarpia. Por último, se encamina á la puerta, descorre el cerrojo, lo abre con cautela, y mira hacia el corredor que está muy obscuro. Escucha un momento y sale, cerrando la puerta detrás de sí, mientras los tambores redoblan con mayor fuerza*).

TELÓN



ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Castillo de Santángelo. Capilla de los condenados á muerte. Al fondo una ventana con rejas de hierro; á la derecha un altar y á la izquierda la puerta de entrada.

ESCENA PRIMERA

MARIO, acostado y dormitando. COLOMETTI, UN CARCELERO y dos soldados.

Colometti.—(*Sacudiendo á Mario*). ¡Caballero! ¡Caballero! ¡Ea!

Mario.—(*Despertándose, con sobresalto*). ¡Eh! ¿Quién va? ¡Ah! ¿Sois vos? ¡Dormía con tanto gusto! En seguida voy. ¿Con que venís á despertarme de este dulce sueño, para anunciarme que voy á empezar otro; aquel que no concluye nunca?

Colometti.—Os equivocais. Vengo á deciros que está ahí una persona que quiere hablaros. (*Hace ademán de salir*).

Mario.—(*Deteniéndole*). Aguardad. Si es alguno de esos frailes que pretenden hacerme implorar la misericordia divina por haber intentado

salvar la vida de un fugitivo, decidle de mi parte que se vaya, que no quiero verle. Os ruego me libréis de la presencia de esas gentes y de sus cantos lúgubres. La muerte es ya harto desagradable por sí misma: ¡no la agravamos con la tristeza que infunden en el ánimo semejantes ceremonias! (*Vuelve á recostarse como para dormir de nuevo*).

COLOMETTI.—No es eso: los religiosos se han retirado ya por orden de su excelencia. La persona que desea entrar es una persona de vuestro agrado.

MARIO.—(*Levantándose, vivamente*). ¿Floria?

COLOMETTI.—Sí.

MARIO.—¡Oh, que venga! ¡Que venga al instante! ¡Ven, ven Floria! ¿Dónde está? (*Colometti hace un gesto al Carcelero y éste introduce á Floria*).

ESCENA II

Dichos, FLORIA.

FLORIA.—(*Corriendo á abrazar á Mario*). ¡Mario! (*Arrodillándose*). ¿Me perdonas?

MARIO.—¡Oh, alma mia! ¡Perdonarte! ¡Tú eres quien debe perdonarme una injusta explosión de cólera! ¿Vienes á darme el último adios?

FLORIA.—(*Bajo, mirando de soslayo á los guardianes que á una señal de Colometti se disponen á marcharse*). No... no vengo á darte el último adios.

MARIO.—(*Sin comprender*). ¿Pues qué? Dí.

FLORIA.—(*Por lo bajo*). ¡Calla! Espera, espera á que se hayan marchado). (*Acercando su rostro al de Mario, le roza la frente: éste hace un gesto de dolor*). ¿Sufres todavía?

MARIO.—(*Cogiéndole las manos á Floria y besándolas*). No... un poco... ya estoy mejor.

FLORIA.—Yo te curaré, amor mio. Dentro de poco

estaremos lejos, muy lejos de esta ciudad maldita... Los dos juntos y á salvo de todo riesgo... (*El carcelero y los dos soldados salen. Colometti se queda*). Te traigo la libertad...

MARIO.—(*Asombrado*). ¡Mi libertad!

FLORIA.—Absoluta.

MARIO.—¡De Scarpia!

FLORIA.—Si, de él. ¿No es así, señor Comisario? ¿No es verdad que estará libre?

COLOMETTI.—En efecto, su excelencia me ha dado órdenes que confirman lo dicho por la señora.

FLORIA.—¿Lo ves, Mario?

MARIO.—(*A Colometti, sin comprender*). ¿Ordenes? ¿Qué órdenes son esas?

FLORIA.—Que tu fusilamiento no será más que simulado. Solamente por pura fórmula, ¿entiendes? En los fusiles no pondrán proyectiles, ¿verdad? (*Colometti hace una señal de asentimiento*). Sin bala, ¿entiendes bien? Y para mayor seguridad, examinará y cargará los fusiles el mismo señor Comisario, aquí presente. (*A Colometti*). ¿No es cierto? Vamos, decídselo, asegurádselo, porque parece que no quiere dar crédito á mis palabras.

COLOMETTI.—En efecto; yo mismo he cargado los fusiles, conforme lo ordenado por su excelencia.

FLORIA.—¿Lo oyes?, él mismo lo dice... Te conducirán á la explanada y al oír el ruído de la descarga te dejarás caer en tierra como muerto... El señor Comisario despedirá el piquete, y mandará abrir la puerta del Castillo. Nosotros saltamos en mi coche y ya estamos en libertad. ¿Comprendes ahora? En libertad completa: libres para siempre. ¡Qué felicidad, la nuestra!

MARIO.—(*Todavía atónito*). ¿Pero es posible...?

FLORIA.—Sí, sí. Mira... (*Saca el salvoconducto*). Con este documento podemos atravesar la frontera.

MARIO.—¿Tú?
FLORIA.—Y tú también. Mira lo que dice: «Floria Tosca y el caballero que la acompaña». Bien claro está.
MARIO.—En efecto, eso dice. (*Confuso*). ¿Y la firma de Scarpia?
FLORIA.—(*Abrazándole*). ¿Estás convencido?
MARIO.—(*Creyendo adivinar*). ¡Ah!
COLOMETTI.—Vamos, no abrigad desconfianzas. Conviene apresurarse antes no se aclare el día por completo; después tendremos tiempo para todo.
FLORIA.—Es verdad. Vamos; pronto, pronto.
COLOMETTI.—El piquete se encuentra ya formado en la explanada. Voy á cerciorarme de que el sitio está completamente desierto y vuelvo á buscaros.
FLORIA.—Sí, sí, id al instante. ¡Como os agradezco lo que hacéis por nosotros!
COLOMETTI.—Cumplo con mi deber. (*Vase*).

ESCENA III

MARIO y FLORIA.

MARIO.—(*Cogiendo á Floria violentamente por el brazo*). ¡Desgraciada! ¿A qué precio compraste mi libertad?
FLORIA.—Pues con una puñalada en el corazón. (*Rápidamente*). Pero antes, ¿entiendes? Antes.
MARIO.—¿Tú has hecho eso?
FLORIA.—¡Yo!
MARIO.—¿Lo mataste?
FLORIA.—(*Con alegría feroz*). Sí; cayó á mis pies revolcándose en su propia sangre.
MARIO.—¿Y no has huido? ¡Estás perdida! Se descubrirá su muerte y te buscarán.
FLORIA.—No temas: él mismo, á mi presencia, ordenó que le dejaran descansar. ¡Ya descansa!

MARIO.—No importa: huye, huye pronto.

FLORIA.—Repito que no te inquietes. Es natural que habiendo velado toda la noche sus gentes le dejen solo hasta la hora de almorzar. De modo que tenemos por delante el tiempo suficiente para llegar hasta Civitavecchia, donde encontraremos un buque ó una barca para escaparnos. Cuando vean el cadáver, nosotros estaremos en alta mar, fuera de las garras de la policía.

MARIO.—¡Ah, valerosa Floria! ¡Eres una romana, una verdadera romana de los tiempos heroicos!

FLORIA.—(*Al ver que se abre la puerta*). ¡Silencio!... El Comisario.

ESCENA IV

Dichos, COLOMETTI y soldados.

COLOMETTI.—¿Vamos?

MARIO —Vamos.

FLORIA.—(*Vivamente*). Sí, sí... (*Al ver los soldados cambia de tono*). ¡Mario! (*Lo abraza. A Colometti en voz baja*). ¿Puedo acompañarle?

COLOMETTI.—No. (*Bajo*). Es más conveniente que no os presentéis hasta que oigáis los disparos.

FLORIA.—La explanada está aquí encima, ¿no es eso?

COLOMETTI.—Sí; no hay más que subir veinte escalones.

FLORIA.—Bien.

COLOMETTI.—(*A Mario*). ¿Vamos, caballero?

FLORIA.—(*Abrazada á Mario*). Por Dios, no olvides tu papel. Déjate caer en cuanto oigas la descarga y no te muevas hasta que yo venga. ¿Entendidos, eh?

MARIO.—Tranquilízate. ¡Adios, Floria!

FLORIA.—Adios, no; di hasta luego. (*Los soldados rodean á Mario*).

COLOMETTI.—¡Adelante! ¡Marchen! (*Vanse*).

ESCENA V

FLORIA.

FLORIA.—(*Después de una pausa*). Con mis caballos, de seguro llegaremos á Civitavecchia antes de cuatro horas. ¡Dios mio! ¿Cuando veré desaparecer en el horizonte esta maldita tierra romana? ¿Cuando respiraremos aire de libertad? (*Pausa*). Les oigo andar aquí encima... Se paran. ¡Por fin llegó el momento supremo! Con tal no se le ocurra á nadie ir á despertar al otro para cualquier asunto... (*Pausa*). ¿Qué es lo que aguardan ahora? Debía ya de haberse cumplido todo... El más leve indicio puede perderle... Ay, me desespera tanto esperar... Me digo á mi misma que no se trata más que de una ficción, y sin embargo, la idea de que van á disparar sobre él, me hiela la sangre en las venas... ¡Dios mio! ¿Qué esperan? ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Concluid! (*Suena el ruido de la descarga. Floria se estremece y lanza un grito de espanto*). ¡Ah, estoy loca! ¡Me asusté como si fuera verdad! ¡Ya está hecho! Ahora, pronto, arriba... Su capa que olvidaron. (*Toma la capa de Mario y sale precipitadamente*).

CUADRO SEGUNDO

Castillo de Santángelo. Explanada. Al fondo un parapeto defendido con cañones. En último término la ciudad de Roma entre el Coloseo y la Cúpula de San Pedro, iluminada por los fulgores del sol naciente. Á la izquierda una muralla alta. Á la derecha otro muro, en el cual se abre la poterna, que está á la entrada de la escalera. Mas hacia la izquierda, un pasadizo entre el muro y el parapeto. Amanece. La escena se ilumina paulatinamente hasta el final, en que brillará el sol sobre el horizonte.

ESCENA ÚLTIMA

MARIO tendido en tierra junto á la muralla, á la izquierda. Los SOLDADOS á la derecha, entre el parapeto y el muro de la poterna. COLOMETTI y un SARGENTO inclinados sobre el cadáver de Mario, cuya cabeza está vuelta hacia la muralla. Luego FLORIA. Después SCHIARRONE.

COLOMETTI.—(*Después de observar el cadáver se incorpora y dice al Sargento*) Está bien muerto. Podéis retiraros. (*Vase el Sargento y soldados*).

FLORIA.—(*Por la poterna con la capa al brazo*). Este debe ser el sitio. Sí; aquí está la explanada. (*Viendo á Colometti*). Ah, es él. ¿Los soldados se han retirado ya?

COLOMETTI.—Hace un momento.

FLORIA.—¿Dónde está?

COLOMETTI —(*Señalando el cadáver*). Allí.

FLORIA.—¡Ah! (*Reponiéndose*). Bien. Tened la bondad de ver si el camino está solitario. (*Colometti sale por el fondo derecho. Floria corre hacia Mario*). ¡Soy yo! (*Aparece un soldado*). ¡No te muevas! Pasa un soldado... Aguarda.

(*Se separa repentinamente*). Ya se ha ido. (*Se acerca de nuevo, pero en este instante aparecen cuatro soldados con dos linternas*). ¡Quieto! ¡Todavía viene gente! ¡Dios mio, y el Comisario que no llega! (*A los soldados*) ¿A dónde vais? ¿Qué queréis?

UN SOLDADO.—Venimos á buscar el cadáver.

FLORIA.—(*Irguiéndose, con espanto*).—¡Atrás! ¡Fuera de áquí! Ese cadáver me pertenece. Me lo ha entregado el señor barón de Scarpia. ¿No os lo ha dicho el Comisario?

UN SOLDADO.—Nada nos ha dicho.

FLORIA.—Lo habrá olvidado. Bueno, pues, llamadle, buscadle enseguida. (*Los soldados van hacia la derecha. Floria se acerca á Mario, no perdiendo de vista á los soldados*). ¡No te levantes aún! ¡Podrían verte! ¡Espera á que se alejen y luego nos iremos! Es lo mejor. Podría suceder cualquier desgracia imprevista. Con el salvoconducto saldremos del castillo los dos sin esperar al Comisario... Por fin, ya se han ido. Nadie nos ve. (*Le arroja la capa, mirando siempre hacia el fondo*). ¡Ea, arriba! ¡Pronto, embózate! (*Se vuelve y lo ve inmóvil*). ¡Vamos! ¿Qué haces? Levántate. ¿No me oyes? (*Espantada se acerca á él*). ¡Mario! ¡Mario! ¿Se habrá desmayado? (*Coje la cabeza de Mario y la vuelve rapidamente. Entonces repara en la palidez de la muerte y el brazo derecho del cadáver que cae rebotando por el suelo*). ¡Jesús! ¿Qué veo? ¡Sangre! ¡Muerto! ¡Mi Mario! ¡Asesinos! ¡Asesinos! (*Aparecen Colometti y Schiarrone con los soldados. Floria se levanta furiosa y se dirige á Colometti*). ¡Miserable! ¡Verdugo! ¿Conque lo has asesinado?

COLOMETTI.—He cumplido la orden. Lo mandé fusilar como al conde Palmieri.

FLORIA.—¡Ah, la fiera! ¡El mónstruo! ¡Y no poderlo matar por segunda vez!

SCHIARRONE.—¡Matar! ¿A quien?

FLORIA.—A vuestro infame Scarpia; á ese demonio del infierno. Acabo de matarle, entendedlo bien, con una cuchillada en el corazón. Y ahora siento que esté muerto, porque quisiera clavarle otra vez el puñal y retorcerle en la herida mientras tuviera fuerza en mi brazo y aliento en mi pecho. (*A una señal de Colometti salen dos soldados*). Andad, andad, cobardes. ¡Corred á ver lo que hice de ese mónstruo que asesina aún después de muerto!

SCHIARRONE.—(*Tratando de abalanzarse*). ¿Tú?

COLOMETTI. — (*Deteniéndole*). ¡Déjala! ¿No ves que está loca de dolor?

FLORIA.—Os digo que está muerto, y bien muerto.

COLOMETTI.—¿Entonces...?

FLORIA.—(*Resuelta*). ¿Qué?

COLOMETTI.— Si es cierto lo que decís, vuestra vida no bastará para pagar la suya.

FLORIA.—¿Mi vida? ¿Qué me importa mi vida, verdugos? ¡Tomadla, infames, tomadla pronto! (*Redoble de tambores y voces confusas á lo lejos*).

COLOMETTI.—(*Al Sargento y soldados que entran*). ¿Qué sucede?

SARGENTO.—Que esa mujer dijo verdad.

COLOMETTI.—¿El Barón?

SARGENTO.—¡Muerto! (*Gritos de cólera*).

COLOMETTI.—(*A Floria que se ha retirado al fondo*). ¡Ah, demonio! Te mandaré á reunirte con tu amante.

FLORIA.—(*En lo alto del parapeto*). Voy yo misma sin necesidad de auxilio. ¡No quiero sufrir más el horror de veros, infames esbirros de una infame tiranía! ¡Pueblo envilecido que lá soportas, y tú, sol estúpido que la alumbras, malditos seais! (*Se arroja por el parapeto*).

TELÓN.

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

Colección de las mejores obras dramáticas á 1 peseta el tomo

1. **Ibsen.**—Halvard Solness.
2. » —Hedda Gabler.
3. » —Los puntales de la Sociedad.
4. » —Un enemigo del pueblo.
5. **Strindberg.**—La señorita Julia.
6. **Shakespeare.**—Hamlet.
7. **Ibsen.**—Casa de muñeca.
8. » —La unión de los jóvenes.
9. **Balzac.**—Lucha eterna.
10. **Ibsen.**—Brand.
11. » —El pato silvestre.
12. **Sudermann.**—El Honor.
13. **Shakespeare.**—Otelo.
14. **Ibsen.**—Espectros.
15. **Shakespeare.**—La fierecilla domada.
16. **Marlowe.**—Fausto.
17. **Pagano.**—Más allá de la vida.
18. **Maeterlinck.**—La intrusa.—Los ciegos.—Interior.
19. **Pagano.**—El dominador.
20. **T. de Molina.**—D. Gil de las calzas verdes.
21. » —El vergonzoso en palacio.
22. » —La Villana de Vallecas.
23. **Hauptmann.**—Almas solitarias.
24. **Moratín.**—El sí de las niñas.—El café.
25. **Calderón.**—La vida es sueño.
26. **Ibsen.**—La dama del mar.

27. **Dumas.**—La dama de las camelias.
28. **Ibsen.**—Rosmersholm.
29. » —El niño Eyolf.
30. **Strindberg**.—Padre.
31. **Sudermann.**—Magda.
32. **Gener-Omedes.**—El señor ministro.
33. **Pagano.**—Nirvana.
34. **Payró.**—Sobre las ruinas...
35. **Pagano.**—Almas que luchan.
36. **Butti.**—Tras el placer.
37. **Moratín.**—El médico á palos.—La escuela de los maridos.
38. **Ibsen.**—Peer Gynt.
39. **Ramos.**—Almas rebeldes.
40. » —Una bala perdida.
41. **Giacometti**.—La muerte civil.
42. **Wagner.**—El Oro del Rhin.—La Walkyria.
43. » — Siegfried. — El ocaso de los Dioses.
44. **Shakespeare.**—Romeo y Julieta.
45. **Sardou.**—La Tosca.
46. **Rojas.**—La Celestina.

A dos reales tomo

Anónimo.—El diablo predicador.
Jovellanos.—El delincuente honrado.
Labaila.—Los comuneros de Cataluña.

TEATRO SIN DAMAS

Coppé.—La huelga de los herreros. Monólogo.
Anónimo.—Un minuto más tarde. (3 hombres).
Zea.—La batalla de Clavijo. (4 hombres).

Biblioteca Selecta

		Ptas.
1.	**Salustio.**—Conjuración de Catilina .	0'75
2.	**Janet.**—Filosofía de la felicidad . .	1
3.	**Wagner.**—Mis ideas.	1
4.	**Espronceda.**—Desesperación.—Arrepentimiento.	0'50
5.	**Zola.**—¡Yo acuso! (Agotada).	
6.	**Nietzsche.**—Más allá del bien y del mal.	2
7.	**Id.**—Así hablaba Zaratustra. . . .	2
	I. Ferré y Carrió.—Gramática catalana	2
	Id. — Gramática catalana y castellana	2
	Bofarull.—L'orfaneta de Menargues .	5
	Manual de la conversación español-francés	1

TEATRO ANTIGUO Y MODERN

Colección de las mejores obras dramáticas á CUATRO REALES tomo

Ibsen.—Halvard Solness.
» —Hedda Gabler.
» —Los puntales de la sociedad.
» —Un enemigo del pueblo.
» —Casa de muñeca.
» —La unión de los jóvenes
» —Brand.
» —El pato silvestre.
» —Espectros.
» —La dama del mar.
» —Rosmersholm
» —El niño Eyolf.
» Peer Gynt.
Shakespeare —Hamlet.
» —Otelo.
» —La fierecilla domada.
Balzac.—Lucha eterna.
Strindberg.—La señorita Julia.
» —Padre.
Sudermann.—El honor.
» —Magda.
Marlowe.—Fausto.
Pagano.—Más allá de la vida.
» —El dominador.
» —Nirvana.
» —Almas que luchan.
Maeterlinck.—La intrusa.—Los ciegos.—Interio
T. de Molina.—D. Gil de las calzas verd
» —El vergonzoso palac
» —La villana de Valleca
Moratín.—El sí de las niñas. El caf
Hauptmann. Almas solitarias
Calderón.—La vida es sueño.
Dumas.—La dama de las cameli
Gener-Omedes.—El Sr. Ministr
Payró.—Sobre las ruinas
Butti.—Tras el placer.
Molière-Moratín.—El médico palos.—La escuela d los maridos.
Ramos.—Almas rebeldes.
» —Una bala perdida.
Giacometti.—La muerte civil.
Wagner.—El oro del Rhin.—L Walkyria
» —Siegfried.—El ocaso de los dioses
Sardou.—La Tosca.
Rojas.—La Celestina.

A DOS REALES tomo

Anónimo.—El diablo predicador.
Labaila.—Los comuneros de Cataluña.
Jovellanos.—El delincuente honrado.